



HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID

ARMAS Y LETRAS

ARTES · CIENCIAS · INVENTOS · VIAJES · DEPOR-
TES · LITERATURA · PASATIEMPOS · CURIOSIDADES
— VULGARIZACIONES CIENTÍFICAS —

DIRECTOR PROPIETARIO

VICENTE VALERO DE BERNABÉ

15 DE MARZO DE 1924

AÑO V NÚMERO 75



Ayuntamiento de Madrid

PISTOLA

NACIONAL



ASTRA

ASTRA

REGLAMENTARIA-EN-EL-EJÉRCITO-ESPAÑOL

FABRICANTES:

ESPERANZA Y UNCETA. { GUERNICA~ (VIZCAYA)

DELEGACIÓN GENERAL A.V.D. BERNABÉ MAYOR 86 MADRID

Unica reglamentaria en el Ejército

Unica reglamentaria en la Marina de Guerra

Unica reglamentaria en el Cuerpo de Carabineros, en el
Cuerpo de Prisiones y para los Jefes y Oficiales
de la Guardia civil

CALIBRES, 9 mm. 7'65 y 6'35

Los señores Jefes y Oficiales pueden adquirir a plazos estas pistolas
por conducto de

ARMAS Y LETRAS

INDUSTRIA Y COMERCIO DE MADRID

CASAS QUE DEBE USTED VISITAR

MENA
FOTÓGRAFO
CARRETAS, 39
(Frente a Romea)

Tres carnets para identidad 3 pesetas
Ampliaciones de SS. MM. del uniforme
que se desee para cuartos de banderas y
estandartes a 25 ptas. *Novedad fotográfica*,
33 calcomanías para aplicarse en
papel, cartas, cintas, esmaltes 5 pesetas

BLANCO HUECAS
para la instrucción reglamentaria de tiro. El más perfecto el más
utilizado y el más económico. Libretas de tiro y facsímiles
Pedidos a las Huérfanas del comandante Huecas
Colegiata, 5, cuarto núm. 1.—MADRID

Admón. de Loterías núm. 16.—P. de Santa Cruz, 2
Su administradora D.^a Felisa Ortega, remite a provincias, ultra-
mar y extranjero los pedidos que le hagan, siempre que vengan
acompañados de su importe

R. FERNÁNDEZ ROJO, GRABADOR
Fábrica de sellos de caucho. Precintos de varias clases
Teléfono, M. 415.—FUENTES, 7.—MADRID

AVISO: La casa que más paga oro, plata,
platino, dentaduras, alhajas y pape-
letas del monte. *Plaza de Santa Cruz, 7 (Platería)*

CASA HERNANDO
MAYOR, 29
Teléfono, 24-85 M

Venta de toda clase de máquinas de escri-
bir. Reparaciones muy económicas, accesorios
de toda clase. Cintas, papel carbón,
tampones y efectos de escritorio. Se
hacen abonos para Madrid y provincias.
Presupuestos gratis

El Arca de Noé

ALMACEN DE PAPEL
OBJETOS DE ESCRITORIO

Libros Rayados - Stilográficas Garantizadas - Papel de Hilo y Algodón

SOBRES DE TODAS CLASES Casa Especializada en Sumi- VENTAS POR MAYOR
— Y TAMAÑOS — nistro de Oficinas — Y DETALL —

CORREDERA BAJA, NUM. 39
— TELÉFONO, 44-79 M —

Precios muy económicos

— SUCURSAL —
CALLE DEL PEZ, NUM. 2

Al militar que viaja le conviene saber que en Madrid existe la **Pensión Castillo**
Vergara, 6, principal :: :: (Sucursal: Pasadizo de San Ginés, 6)
PENSION DESDE 8 PESETAS :: COCINA ESMERADA :: CUARTO DE BAÑO

CASA ESPECIAL PARA MILITARES



SASTRERÍA
MILITAR PAISANO

ALVARO

Mayor, 20 pral. - MADRID

ESTABLECIMIENTO DE
JORDANA
Príncipe, 9.-MADRID.- Teléfono
4.038

Especialidad en artículos para regalos
con motivo de ascensos y recompensas.



CONDECORACIONES, BANDAS Y ROSETAS DE TODAS CLASES.—BAN-
DERAS PARA REGIMIENTOS.—FAJAS, FAJINES Y CEÑIDORES.—CHA-
RRETERAS, DRAGONAS Y HOMBRERAS.—CASCO, GORRAS Y ROSES,
CORDONES Y DISTINTIVOS PARA AYUDANTES Y PARA BASTÓN.—
SABLES, ESPADAS Y ESPADINES.—ENTORCHADOS, TEJIDOS Y BOR-
DADOS.—BANDEROLAS, TIRANTES BORDADOS Y FORRAJERA.—ES-
TRELLAS, NÚMEROS EMBLEMAS Y BOTONES.—CORDONES, GALONES
Y ESPIGUILLAS.—ESPUELAS, ESPOLI-
NES, PLUMEROS Y GOLAS, ETC., ETC.

Anuncios por palabras

LITERATURA Militar preceptiva, por Fernando Altolaguirre. De texto en la Academia de Caballería. Único libro de consulta, sobre tal materia, para el Cuerpo de oficiales. Precio, con el apéndice, 8 ptas. Pedidos al autor, Lista, 73.—Madrid.

PARA pasar un rato distraído, nada más apropiado. Cervecería-Bar, servido por señoritas. Cádiz, núm. 7

PARA hombres.—Ayer ventrudo, hoy enjuto: es que uso las FAJAS DE JUSTO. Probarlas es adoptarlas. Carmen, 10, corsetería.

GRAN HOTEL.—Alicante. Propietario, Miguel Simón. Servicio esmerado. Los militares, mediante la presentación del carnet militar, obtienen una bonificación del 10 por 100.

CLEMENTE Y GARCIA.—Camisería. Ropa blanca. Equipos. Canastillas. Batas. Especialidad en blusas. Calle Mayor, 34. Madrid.

ACERO.—Sastrería militar. Fábrica de paños en Béjar. Proveedor de la Cooperativa del Ministerio de la Guerra. Se remiten modelos de prendas a las untas económicas. Talleres: San Marcos, 36 y 38. Madrid.

un buen jinete
hace un buen
Caballo
*Si deseais
que vuestras
cuadras ga-
nen siempre
emplead*



Resolutivo Rojo Mata
Cicatrizante Velox
Anticólico F. Mata

¡¡TODO NUEVO Y TODO DE OCASIÓN!!

SI QUIERE V. COMPRAR O VENDER Alhajas, Relojes, Máquinas de escribir, fotográficas, Pianos, Pianolas, Gramófonos, Bicicletas, Objetos de arte y fantasía y cualquier clase de artículos, VISITE TODOS LOS ESTABLECIMIENTOS Y ACUDA POR FIN A LA

CASA ORIA Y GALINDEZ

Calle del Clavel, 8

MADRID

Teléfono 19-31 M

SE CONVENCERA de las VENTAJAS QUE SU LARGA EXPERIENCIA en el NEGOCIO pueden PROPORCIONARLE

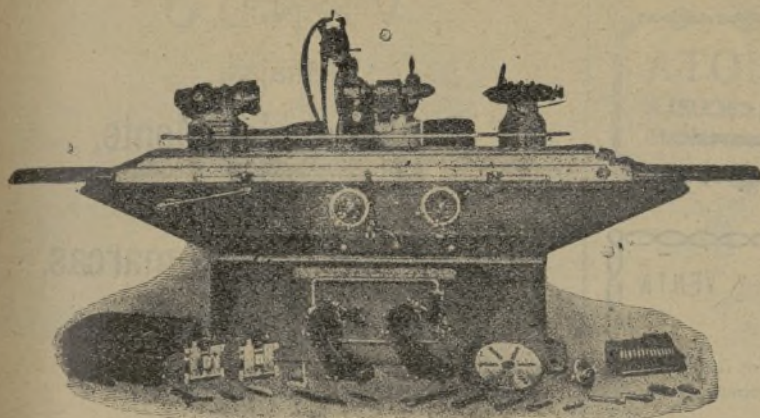
Maquinaria y Herramientas

S. A. M. FENWICK

Consejo de Ciento, 421

BARCELONA

Instalaciones completas para talleres de construcción y reparación y fundiciones de hierro y acero.



Rectificadora "BROWN & SHARPE"

Máquinas de roscar en roscas de madera —:— Aparejos de elevación «YALE»

GRANDES EXISTENCIAS EN NUESTROS ALMACENES

ESTUDIOS Y PRESUPUESTOS GRATIS

PÍDASE EL CATÁLOGO DE HERRAMENTAL

GRANDES ALMACENES DE SALVADOR DELTELL

(CASA DEL VALENCIANO)

RIBERA DE CURTIDORES, 18 - MADRID

Construcción de toda clase de correajes y equipos de caballo para el Ejército — SE PAGAN —
Compra y venta de toda clase de desechos militares en cualquier punto de España ALTOS PRECIOS.

EL MAS EXIGENTE

estará plenamente satisfecho de los

Grandes saldos de Colegiata, 2 y 3.

Pieles, géneros de punto, artículos de seda,

:: guantes, medias, etc., etc. ::

DROGUERÍA, PERFUMERÍA,
CEPILLERÍA, ESPONJAS
Y ARTÍCULOS DE LIMPIEZA

B. LÓPEZ. — Atocha, 49.

CASA MUY BIEN SURTIDA

PRECIOS ECONÓMICOS

PROVEEDOR DE LA 3.ª SECCIÓN DE LA ESCUELA CENTRAL DE TIRO

PAGO MÁS QUE NADIE

Alhajas, Oro, Plata, Pedrería fina, Planos, Pianolas,
Bicicletas y Máquinas de escribir

CASA DE COMPRAS Y VENTAS LA OCASIÓN

TOLEDO, 55 - TELÉFONO 797 - MADRID

JESUS MARTINEZ

Especialidad en gorras de plato, roses, chacots y
kalpats. Calle Mayor, 57, MADRID. (Frente al café
de Platerías.)

BORISOL ANTISÉPTICO Y DESINFECTANTE

Eficaz en las enfermedades de los párpados, nariz, boca, garganta, oídos y de los órganos genito-urinaros.

FARMACIA TORRES MUÑOZ. — San Marcos, 11. — MADRID

RECLUTAS DE CUOTA

Académi para aprender la instrucción a la ESCUELA CÍVICO-MILITAR. La mejor y más conveniente.

ESTABLECIMIENTO DE COMPRA Y VENTA JOYERÍA - PLATERÍA - RELOJERÍA

Máquinas fotográficas. Gemelos prismáticos Busch-Zeiss-Goerz. Estuches de matemáticas y aparatos de precisión. Pianos y pianolas.

JULIÁN VEGUILLAS DEPÓSITO DE GRAMÓFONOS Y DISCOS

Clavel, 13, e Infantas, 26. — Teléfono M 4.205. — MADRID

Escopetas. Artículos para caza y viaje. Objetos para regalos. Máquinas de escribir, bicicletas y motocicletas. Pañuelos de Manila, mantillas de encaje

ANTIGUA IMPRENTA MILITAR

DE

CLETO VALLINAS

Modelación impresa para todas las Armas y Cuerpos del Ejército. ● ● ● Objetos de escritura y dibujo.

Despacho: Luisa Fernanda, 5. — MADRID

Zalleres: Zutor 1. y Ventura Rodriguez, 17.

Teléfono 1.548 - J

SERNA

COMPRO, VENDO

Alhajas,

Papeletas del Monte,

Oro, Plata,

Relojes de buenas marcas,

Antigüedades,

Pianos, Autopianos

Escopetas,

Máquinas fotográficas,

Gramófonos,

Máquinas de escribir,

Prismáticos

y cualquier objeto de valor

HORTALEZA, 9

TELEFONO, 53-51

ARTICULOS DE OCASION

EFEKTOS MILITARES Y CORDONERÍA

Bandoleras, Ceñidores, Tirantes, Fiadores, Charreteras, Dragonas, Hombreras, Fajines, Fajas, Forrajeras, Galones, Soutaches, Cordones de ayudante, para medallas, bastón, Espadas, Espadines, Sables y Condecoraciones

CELADA

Mayor, 31 - MADRID

Teléfono 2274

Fábrica movida por electricidad

Espuelas, Espolines, Golas, Plumeros, Gorras, Gorros, Roses, Entorchados, Botones, Emblemas, Números, Estrellas, Bordados, Cintas, Rosetas, Lazos, Canutillos, Lentejuelas y Materiales para bordar



El "Pianola-Piano"

es el único instrumento autopianístico que ha merecido los elogios de

TODOS LOS GRANDES MÚSICOS CONTEMPORANEOS

EL "PIANOLA"-PIANO

es el adoptado por el Vaticano, SS. MM. los Reyes de España, de Inglaterra, de Italia,

de Bélgica, de Suecia..... y por las más prestigiosas

INSTITUCIONES MUSICALES DE TODOS LOS PAISES

y es, a la vez, el de mayor garantía y el más barato

VENTAS AL CONTADO Y A PLAZOS

THE ÆOLIAN COMPANY

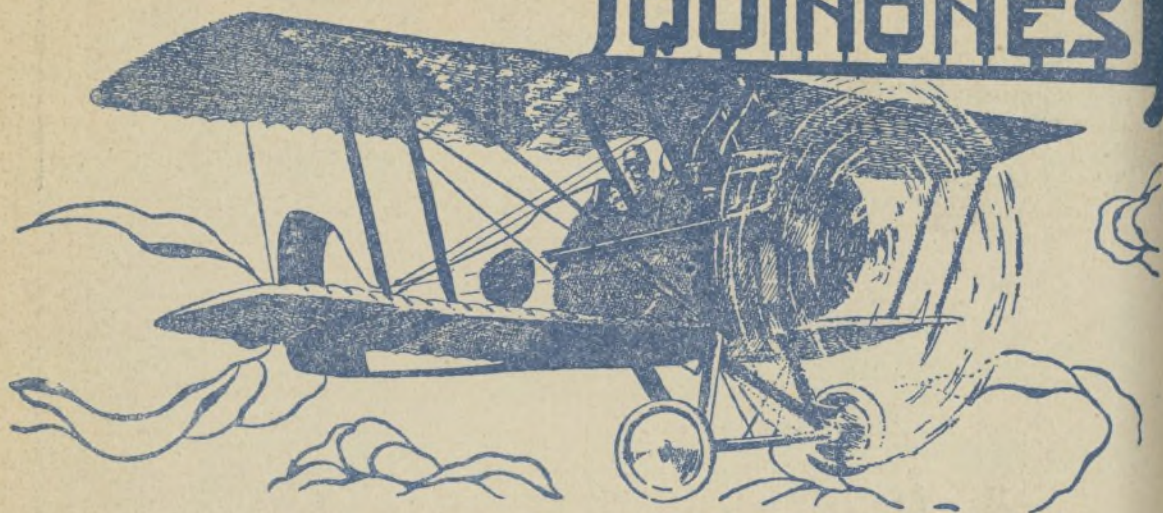
S. A. E.

AVENIDA CONDE PEÑALVER, 24

MADRID

Ayuntamiento de Madrid

SANTIAGO SANCHEZ QUINONES



ACCESORIOS

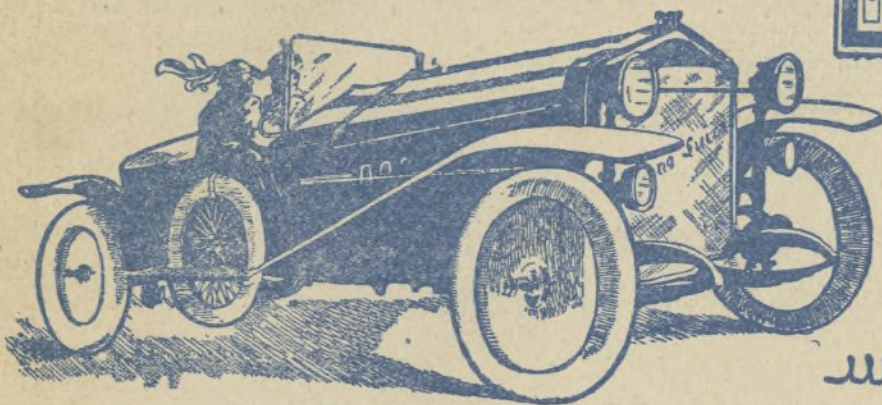
para Automóviles, Globos y Aeroplanos

PROVEEDORES DE LA AERONÁUTICA MILITAR DE ESPAÑA

Motores NAPIER para aviación.—Cables de goma.—Tensores.—Tubos de
acero.—Cuerdas de plano.—Cables de alta.—Cojinetes de bolas.—Hélices.
Neumáticos.—Ruedas metálicas.—Telas para globos.—Trajes eléctricos
para aviadores.—Tornillería de acero.—Aceites y grasas OLEOSOL, etc.

TELÉFONO J-1342
ALBERTO AGUILERA, 14

MADRID



Imp. de ARMAS Y LETRAS. Tutor, 6.—MADRID

Ayuntamiento de Madrid



DIALOGOS MILITARES CARTAS ENTRE JUAN Y PEDRO

Siguro que mi amigo Pedrote, no atina que es lo que mas gustó, aquí, en el campamento, de la última carta que mandaste; güeno; lo que mas gracia hizo fueron los refranes del maestro que te enseñó a tu a leer: ¡tién miga, rediez! si las comprendieran los que habian de hacelo, en dos u tres meses, pos ¡copo! arreglao tóo ¿que no? mía que lástima, que no podamos probar.

Eso que te digo, fué lo que hizo gracia, porque la tiene, pero no lo que gustó más ¿entoavía no lo adivinas?... los hay tupidos; lo que ices d'arreglar la ley de reclutamiento: aonde hay soldaos, no mas ¿que es lo que va a gustar? lo que se diga de ellos, atontolín: ¿no ves tu que manque haiga mil en un puesto, si ices que vas a dar una docena de peladillas, tóos creerán que son pá el?

Asín pasa con lo que s'habla de ese arreglo: el que mas y el que menos cree que a el lo van a mandar a casa, sin que la comprenencia les llegue pá ver que tendrá que venir otro: no quien comprender que no puen ser más que dos cosas las que s'hagan: u no venir denguno, u venir toos, pa que siendo muchos y tocando a menos quehacer, nos podamos ir denantes.

A ver cuando nos ices algo que se comprenda o ¿es que te vas a pasar la temporá iciendo que van a hacer sin que nunca s'haga res? guasicas, no ¿eh? que la cosa tié muchos pelendengues y si no s'arregla se pué romper ¿estamos?

M'han dao ganas d'enseñale al tiniente Bailez, tóo lo que ices de si tié o no tié razón y de que si cavilamos bien aquí sentadicos, pero, no mi he atrevío; a lo mejor le paecé que son tonterias y me dá a mi dos mamporros pa que te los mande ¡que no! si los quieres, vienes tu a por ellos: no voy a hacer de ordinario pa semejante mandao.

¿Que no te gusta lo que te icía del Tanger? pos l'echas aceite y sal u azucar, lo que mas te guste, pues yo, si me pides escarola y por ser temprana tié amargor, te la tengo que dar como es... oye, si quieres, lo dejaremos, porque, como no nos habiamos de entender... no es cosa de que dos amigos de algunos años vayan a tener trifurca por el riego del campo del vecino ¡allá el!

Cuanta razón tienes maño, en eso que ices de que las cosas güenas que da nuestra tierra, se las comen los extrangeros: ya se yo que el busilis está en que lo pagan mas mejor, segun dicen los que mandan fuera lo que cogen, pero no creas tu, que

haciendo numeros dende el principio, pué que el cosechero venga a coger, entre tóo, menos perricas de las que le cogen en la mano a un recién nacido: a mas, pienso yo, si no podría quearse tóo en casa, arrebajando un poquico ca uno: los que cogen, pidiendo una miaja menos y los que compran, dando otra miaja mas: una que te quito y otra que te pongo, amarraco ¿no?

Si vías tu que poquicas ganas tengo de hablarte de lo que pasa por estas tierras: no vayas a creer que pasa denguna cosa rara ni mala: no, entoavía no, pero ¡reconcho! cuando la mar escomienza a moverse, que pocas veces se para sin armar una tremolina y tenemos tres u cuatro dias sin vapor.

No vayas a echate a cavilar ¿eh? que tu, si te dejan hacer figuraciones, cualesquiera adivina hasta aonde vas a llegar: ni lo que pasa ni lo que igo yo, tié mas importancia que coger un higo chumbo ¿que sabes hacelo? no t'harás denguna punchá ¿que lo coges mal? pos te pondrás las manos parejo que si hubiás jugao a la pelota con un enredijo de ortigas.

L'otro día ¿que dirás que vi dende el picacho aonde ibamos pa ver el mar? pos un convoy de los mojametes, parejo que si lo hubiamos hecho nosotros y de los grandes ¡con una de mulicas! ¿crees tu que les habrán costao mucho dinero tóos esos abríos? ¿que si se lo que llevaban, ices? como yo no tengo ojos d'esos qu'alargan las cosas, pué que m'equivoque, pero a mi me paeció que llevaban muchos sacos y muchas cajas y fardos que, a lo mejor serían varas y no fusiles como parecían ¿verdad que no podían ser?

Pos mira, a los cuatro u cinco dias, el convoy que fué a Tiza, el nuestro, no el de ellos, llegó, porque se conoce que los que iban en el, habían dicho que llegarían, pero los empentaron de firme y no como quien juega, no; arreando y... cayeron algunos, por los pedruscos qu'había en el camino y... te digo lo que icías tu — si no lo entiendes, pos t'aguantas, qu'otros entienden menos y tan campantes que están — ¡anda! pá que te vengas con dicharachos.

Mu en serio te diré que estar en el dichoso Tizi-Taza, si no es estar en capilla, se le parece la mar, por que, si se escuidan y sacan afuera las narices ¡clavao! el que no se queda chato, se constipa; m'escaman a mi esto y otras cosas y me veo, el día que menos lo piense, tirando p'alante, como los hombres lo hacen: no vamos a estar siempre pensando si quearnos u no con la cocota...

Ayer vino uno que estuvo por el otro lao, por don-

de Sauen, y dijo que tambien por alli, en un puesto que dicen Ter y que solo embarcaos podemos ir, a lo mejor, lo de los otros, narices escacharrás y apuros pá recibir la comía y la bebía: yo te diria algunas cosicas mas, pero, pa que me llames canelo y espabilao y tóo eso que ices dende que estás ahí, sentadico a la lumbre, no quiero.

Aparte de tóo, es tu amigo el mesmo de siempre—
Juan.

Querido Juanico: me hizo de reir mucho lo que me cuentas de ese quinto que t'han dao y al que tu te empeñas en llamar Perete: me paece a mi que como el no quiera atender, o le cambías el nombre o manguzá que se pierde ¿por que has de ser así? ¿es que te gustaría a tu que cada uno te llamara de un modo? tendrías que volverte loco cuando quisieras saber como te llamas de verdad: yo que tu, le llamaría ná mas Pedro y si no contestaba, entonces, ya tenías derecho a icile algo feo, de paso que le dabas unas morrás.

¿Ves tóo lo que te digo endenantes? pos con ello y con tóo, no mi acuerdo de que nunca hayas dicho mas cosas güenas que toas esas que ices al quejate de que vayan ahí los quintorros: está, pero que mú bien hablao tóo eso y creo yo que te harán caso y en la nueva ley s'arreglará; ya lo ha icío el Presidente a los que escriben en los papeles: lo que han hecho, es mú democratico... ya, ya me figuraba que no lo entenderías; no se yo pra que os sirven los ojos y el saber leer a algunos: democracia, quí decir que tóos se meten en tóo, pero no vayas a creer que es parejo que lo de—entre todos la mataron y ella sola se murió—es al revés ¿me comprendes? ¿no? preguntaselo al tiniente Bailez que debe saber mucho de tóo eso.

Oye ¿me vas a dar la lata con eso de los expedientes? pos mira, a mi, a tozudo, no me ganas; cá vez que me los nombres, no te contestaré a la carta y en paz: gastate perras en comprar periodicos y lee lo que pongan y lo que no pongan y te enterarás de muchas cosas... si sabes enterate, pos tiés qu'aprender que a lo mejor, estás mirando una tapia que te paece mú blanca ¿verdad? pos no es blanca y es que tiés los ojos malos y no sabes de colorines.

¿T'acuerdas lo que te dije una vez de que algunos ician que se cansaban de estar asina, sin que les dejen poner lo que quieran en los papeles? pos ya han escomenzao a cansarse y a querer despotricar, pero solo un poquico, porque enseguida el Diretorio fue y les ha icido ¡sus! y allá los tienes en las islas Canarias, en un rinconcico del que no puen salir, y allí, que digan lo que quieran.

Los primericos qu'han caido son de los parladores de veras: riete tu de lo que se te ocurre, cuando t'apetece hablar: te dejan esos señores, mas chiquitico que un mosquito pequeño: mfa tu lo que son las cosas; al mismo tiempo que se iban esos dos

parlantes ca pa la casa nueva, un señoron de muchas campanillas que fué muchas cosas, se iba a dar una güelta por fuera de España y como las gentes son tan alparceras, pos enseguida dijeron que tambien se marchaba, porque se lo habian mandao.

¿Sabes una cosa? que van a salir unas leyes pa hacer los ayuntamientos de otra manera que como se hacían, a ver si salen mejor: le icen a eso, régimen local y segun el meico, no es denguna cosa nueva, pos ya quiso hacerlo uno de esos que fueron menistros, cuando los había, pero no le dejaron y esto es lo que entusiasma al señor cura, porque dice que cuando no quisieron que lo hiciera es porque era malo pá los granujas y güeno pa los que no lo son.

Si vieras que trifurcas arman por las tardes en el casino, hablando de eso: yo me rio la mar, porque denguno sabe lo que es entoavía y ya custionan sobre lo bueno y lo malo que puá tener ¿te paece si son fatos? pa mi, el maestro, es el unico que sabe lo que se pesca de tóos ellos.

¿Que mas da que los que vayan a ser concejales se les nombre de una manera u de otra? la cosa es que hagan lo que tién que hacer y si fallan, mamporrazo y a otro: cuando hay gana de andar, dengun camino es malo; si los que manejan el cotarro tuvian siempre el temor de que al hacelo mal, se iban a meter con ellos, o lo harian siempre bien o dejarian el puesto pa que otro lo hiciera.

Tié miedo el maestro de que lo nuevo consista en que las puertas de los ayuntamientos se cierran pa muchos, en lugar de abrilas pa tóos; el mismo ice que no sabe lo que sería mejor u peor y acaba iciedo lo de siempre, que no es refran, pero sí una verdad mu grande.

—Ser güeno—dice el hombre casi incomodao—es facil; luego el que no lo sea, es porque no quiere y tóos podemos empentarle pa que no nos haga mal y si, como icen algunos, los malos, son mas que los güenos, pa que haiga muchos de estos en los concejos, convendría que tóos puedan entrar, para, con pupila y quinqué ver lo que cada uno puede y escoger, como se hace con un fruto cualquiera.

Yo, maño, no se si entiendo bien tóo eso, pero me paece lo mejor que puede hacerse; de tóos modos, hay que desear, como el albeitar dice que s'arregle pronto el cotarro, pos el dejar que inventen los alparceros, no es cosa güena: llega un día en que s'acaloran y... ¡mercao de manguzás! con tóo lo que pué pasar: que el que l'has comprao, no las encuentra y caen encima de uno que pasaba y s'ha parao a ver el jollín.

Güeno: ya te he dicho mas de lo convenido, porque como te s'ha metío en la cabeza que mis cartitas las lee toa la posición, el día menos pensao, me metes en un lío y no quiero yo que por alparcerías d'otros mi escacharren; por eso no deja de ser tu amigo de verdad — Pedro —

Por la transcripción,

FERNANDO DE ALTOLAGUIRRE.

DE NUESTROS COLABORADORES



LA ÚLTIMA CONQUISTA

POR E. G. A.



Pleno de arrogancia, de vanidad, que resplandecía en lo llamativo de su flamante uniforme, en el centelleo de cruces y medallas, que sobre su pecho daban patentes pruebas de numerosas y guerreras hazañas; en mil detalles que denunciaban especial interés en la presentación de su acicalada personalidad, completamente feliz, entraba en el patio de butacas de aquel teatro provinciano el comandante don Gaudencio.

Mientras que sus ojos — indudablemente, fuerza complementaria al verbo cálido y sugestivo con que aletargaba a sus víctimas — buscaban entre las principales localidades a su última conquista, a solas dialogaba sobre la suspirada aventura que habría de tener ansiado desenlace aquella noche:

«Hermosa mujer la divinísima forastera; un poco hecha, quizá; pero en la madurez de mi edad, el amor busca serenidades y no fogosos arrebatos; siempre altanera, seguida a pocos pasos por la extravagante señora de compañía, obteniendo por la admiración de los hombres y la envidia de las mujeres el triunfo completo a su presencia de hembra hermosa y codiciada... ¡Qué suerte la mía, para recibir a poco de asediarla lo que a tantos otros negara displicente! ¡El favor de sus miradas, con gallardos gestos de realeza!...»

Recordaba su esquila, en la que, para demostrarle la bondad de sus intenciones, la invitaba a una entrevista en lugar público, ante personas respetables, de competente autoridad, que escucharan sus anhelos, sus propuestas honestísimas; la cortés contestación de la divinísima muchacha: «Asistiré esta noche al teatro con familia conocida; puede usted pasar a la platea, y tendré sumo gusto en escucharle.»

Allí estaba; la hubiera reconocido por los delatores latidos de su corazón amante...; pero al acudir presuroso a las llamadas insistentes que le hacían desde el palco, creyó en un instante que sintió un siglo de enormes sufrimientos, que el suelo se abría a sus pies, faltos de fuerzas para sostenerle; ¡allí estaba, sí, pero sentada al lado de su legítima Aurora, en amigable compañía de su propia mujercita, que, llena de irónicas sonrisas, con estudiada finura, burionalmente, le presentaba a su conquista.

—Yo a usted le conocía—afirmó, temerosa de mi-

rarle, la bellísima forastera—, primeramente, por el retrato que de su boda me envió mi buena amiga Aurora; luego, estos días, de verle por las calles; a veces le he mirado con insistencia, con deseos de preguntarle por mi amiga; pero el temor a murmuraciones, por mis especiales condiciones de vida, me lo han impedido; una feliz coincidencia nos hizo encontrar, y a ello debo tan respetable acompañamiento



en esta noche, para mí de tan enorme trascendencia...

—Calcúlate—agregó la aludida, siempre burlona, siguiendo el desarrollo de la alevosa y convenida tragicomedia—, calcula que entre sus innumerables pretendientes hay un *viejo verde*, que, no contento con hacerla el amor, traicionando tal vez a su confiada esposa, la da cita para que escuche sus honestas proposiciones ante personas respetables.

Con un doble interés, que no dejarás de alabarme, me he prestado gustosa a ser para mi amiga esa persona de competente autoridad. ¿Qué te parece, Gaudencio?

PARA PASAR EL RATO

Federico II, rey de Prusia, solía disfrazarse algunas noches, a fin de averiguar en persona lo que ocurría en la ciudad.

Una noche en que andaba vestido de soldado, tropezó con uno que tenía todas las trazas de haber bebido más de lo regular; se acercó a él, le saludó con amabilidad, y entablado conversación, le preguntó:

—Dime, camarada: ¿cómo te arreglas para con tan corta paga beber tan copiosamente, cuando yo, que tengo el mismo *prets* que tú, no puedo convidar a nadie?

—Se me figura que eres un pobre diablo de cortos alcances—repuso el soldado—. Sábete que cuando quiero convidar a un amigo a unas copitas, sé encontrar dinero para satisfacer mis gustos.

—No lo entiendo, camarada.

—Te revelaré el secreto, pues tu cara no me es enteramente desconocida. Mira...; cuando necesito dinero, empeño una prenda de las que no me hacen falta aquel día, y después, con un poco de abstinencia, ahorro con que desempeñarla, y salgo del apuro.

—¡Me gusta la idea! Pero, ¿y si por casualidad necesitas de la prenda?

—Siempre sobran recursos a un hombre de talento. Hoy, para convidar a un amigo, he tenido que empeñar la hoja de mi sable.

—¿De veras?

—¡Tan de veras! Mírala: es una hoja de madera.

—Sospecho que te expones...

—¡Quiá! No lo creas.

El rey no olvidó tomar bien la filiación al soldado; despidióse de él, y al otro día, al pasar revista a la tropa, como tenía por costumbre, conoció al soldado,

¡Qué le iba a parecer al avergonzado conquistador! Completamente aplanado, entre sudores de muerte, achicharrada su sangre con la sátira fina, punzante, de tan buenas amigas, públicamente en tan merecida como ridícula situación, vislumbrando una segunda parte más accidentada aún en la intimidad de su hogar..., harto opinar el suyo, que prometerse solemnemente no incurrir jamás en locas aventuras, impropias de su edad: sí; esta noche, noche horripilante, de imborrables recuerdos, para él sería además la fecha señalada de su *última conquista*...

y detuvo su caballo delante de él. Aparentando que miraba a otro individuo, dijo:

—Este hombre ha cometido un delito, por el que merece la pena de muerte. Vamos; fuera estos dos hombres de las filas. Saca el sable—añadió dirigiéndose al soldado de la víspera—; corta el pescuezo a tu compañero.

—Señor—exclamó el empenista al verse atrapado en el garlito—, ruego a V. M. que le perdone; yo le aseguro que es inocente.

—No hay perdón; obedece.

—Señor, es un padre de familia con ocho o diez hijos.

Saca pronto el sable y mátale—replicó el monarca fingiéndose colérico.

—Señor—insistió el truhán en tono patético—, si no puedo ablandar a V. M. con mis humildes súplicas para que perdone a este infeliz, ruego a Dios que haga un milagro, convirtiendo la hoja de mi sable en madera.

En seguida le desenvainó, aparentando el mayor asombro al ver que, en efecto, la hoja era de madera.

Prendado el rey de la sagacidad del soldado, no se contentó con perdonarle, sino que en el acto le hizo sargento.



UN EPISODIO

POR FRANCIS DE NION



—¡Los adversarios han entrado por la avenida y se dirigen hacia aquí!

El marqués de Tigrey se levantó pálido. Desde la víspera, prevenido misteriosamente, esperaba esta visita. La municipalidad de la Roche-sur-Yon había decidido practicar un registro en su casa.

Ivonic, la vieja sirvienta, gritó:

—Sálvese usted, señor marqués; son los azules, con su condenado capitán Morand.

Raúl de Tigrey vaciló aún; sus ojos se clavaron en el escudo, con los armiños de Bretaña, sobre el que rezaba la divisa «¡Sin huír!». ¡Jamás un Tigrey se había batido en retirada ante el enemigo!

Pero la vieja le miró con aire de inteligencia:

—Piense en los papeles que lleva usted consigo, señorito Raúl: hay que partir. Pase la pequeña portina y refúgiense en la iglesia. A estas horas de la noche no entra allí nadie. Cuando hayan terminado, podrá escaparse por la puerta de la sacristía. ¡Pero no antes, por Dios! Le podrían encontrar. El país está lleno de patrullas.

Se oía un ruido cadencioso de tropa en marcha y el entrechocar de los aceros, mezclado con órdenes breves y sordas. El señor de Tigrey deslizó en su cinto dos pistolas y un sable y descolgó el fusil; mas cuando tuvo el arma en las manos sintió un impulso irresistible y se aproximó a la ventana, haciendo un movimiento para apuntar a las sombras que se aproximaban en la obscuridad. Ivonic se echó sobre él.

—¡Por amor de Dios, señor marqués, no tire! ¡Todo se perdería!

Hizo un último gesto de amenaza impotente y siguió a la vieja, que le arrastraba tras de sí.

La iglesia estaba sumida en tinieblas; Raúl tropezó sin querer con uno de los bancos de la nave; parecióle, en aquel silencio, que había hecho un ruido espantoso; después ganó uno de los costados de la iglesia y buscó a tientas un rincón donde esconderse hasta que el peligro hubiese pasado. De pronto se estremeció: un paso ligero rozaba las losas de la entrada y recordó que, en su apresuramiento, había dejado abierta la puerta de la iglesia.

Sus ojos se iban acostumbrando a la obscuridad; ahora distinguía los matices de una sombra: se desplegaba, se animaba, se movía entre el resto de la sombra que permanecía inmóvil y poco a poco iba tomando forma. Y Raúl vio que una mujer avanzaba.

Silenciosamente se hundió en las bóvedas de un

pequeño altar lateral; volvió un picaporte, que giró bajo su mano, y se encontró en el interior de una especie de cajón estrecho y cerrado. Al mismo tiempo la puerta se cerró tras él con un ruido suave y sintió, a través de una especie de enrejado, el calor de un aliento. Una blanca figura de mujer, muy blanca a pesar del velo nocturno, se destacaba en la parte exterior de la rejilla, y en seguida oyó una voz baja y temblorosa que decía:

—Padre: puesto que Dios me ha concedido la gracia de que le encuentre a usted aquí, a esta hora y en este momento, le suplico que me escuche en confesión.

Como él callara, espantado de la aventura, la voz continuó:

—He encontrado abierta la puerta de la iglesia y he oído andar. Dios es quien le ha inspirado la idea de entrar en el confesonario; escúcheme, padre mío, escúcheme.

El rostro blanco se apretó contra el enrejado: bajo la cofia bretona, desarreglada por la carrera, destacaban dos bucles rubios, dos ojos azules y una boca encendida. Raúl conocía aquella cara.

La boca decía:

—Mi padre está en este momento requisando el castillo del marqués.

Raúl se estremeció. La mujer que estaba allí, cuyo ligero perfume respiraba y de la que contemplaba los dulces rasgos, era Ana Morand, la hija del comandante republicano, «el azul» que tenía a todo el país bajo el imperio del terror.

Un torbellino de pensamientos llenó su cerebro como una borrasca; quiso gritar, mostrarse, impedir el sacrilegio de sorprender una confesión...; pero eso era tanto como entregarse... y con él los papeles, las listas, todos los hilos y todos los nombres de la con-



jura preparada. ¿Tenía derecho a sacrificar tan vastos designios y tantas vidas?

Y ya las rápidas palabras de la confesión llegaban a sus oídos: ella era quien había hecho llegar hasta él el aviso de fuga, con el proyecto de los requisicionarios; ella era quien así había traicionado a su padre y hecho malograr una expedición de la que los otros esperaban tanto; ella era quien ya otras veces había despistado a los esbirros que rondaban alrededor del castillo y embrollado las investigaciones pendientes... El marqués oía con estupor aquel torrente de palabras que se escapaban como si hubiesen estado mucho tiempo contenidas, y en su turbación, casi a pesar suyo, le preguntó a media voz:

—Mas ¿por qué todo eso, Dios mío?

Ana inclinó la frente sobre sus dedos entrelazados, que se mojaron en lágrimas, y como un suspiro de la noche, llegó esta respuesta a los oídos del joven:

—Padre mío, me acuso: lo hago porque le amo.

Raúl permanecía asombrado, febril, dentro de aquel estrecho cajón; su «penitente» hacía tiempo que había marchado; él, para no traicionarse, se había visto obligado a fingir que murmuraba prudentes palabras de estímulo y de absolución, y ahora le era imposible dejar aquel lugar, lleno para él de la presencia de Ana.

Mientras tanto, la palidez del día naciente comenzaba a iluminar las bóvedas de la nave.

—He esperado demasiado—pensó.

Y se apresuró a salir de la iglesia y a aventurarse en senderos del bosque sólo por él conocidos. Al día siguiente estaba en la costa, puesto en relación con sus jefes, llegados de Inglaterra, y la revolución había estallado.

Fué rápida, terrible. La historia es conocida, como lo es también la marcha fulminante de la bandera de las flores de lis. Raúl de Tigrey avanzaba, como un Dios de cólera y de venganza, a la cabeza de sus chuanes; avanzaban dispuestos a vengar sus propiedades incendiadas, sus parientes degollados, las bellas hijas de Melle que acababan de subir al cadalso revolucionario en Nantes; su divisa era «Sin cuartel»; el marqués había añadido «Sin hufr». Así fue como llegaron a los alrededores de Perthuis, ocupados por los azules, donde les recibieron las balas rebotando en los plátanos del camino.

La calle mayor había sido ya tomada; los adversarios peleaban en la plaza de la iglesia, cuando Tigrey distinguió un grupo de mujeres que se debatía en medio de los soldados. Una cofia blanca huía, perseguida por sables que se levantaban sobre ella. El marqués no tuvo tiempo más que de recibir a Ana en sus brazos y parar con su fusil la hoja de una espada que sobre ella se abatía.

—¿Desde cuándo los soldados del rey asesinan a las mujeres?

—Desde que usted mismo nos ha dicho: «Sin cuartel» para nadie. Y las guillotinas de Nantes, ¿no eran también mujeres?

Alrededor del jefe la multitud zumbaba ávida de sangre.

Por un momento el señor de Tigrey sintió vacilar su autoridad. Uno de los vendeanos gritó:

—¡Esta es la hija del capitán Morand, que hizo fusilar a mi madre!...

Sonaron unos disparos; ninguno alcanzó a Ana, a quien Raúl tenía estrechamente abrazada. Estaba desvanecida; las detonaciones la despertaron, y sus ojos fijáronse con más ternura que espanto en los del joven. Entonces, con un gesto que hizo retroceder a los otros, el marqués de Tigrey dijo lentamente:

—¿Seréis capaces de matar a la esposa de vuestro comandante?

—¡Cómo, señor marqués!... ¿Usted...?

—Es mi prometida; la amo y me ama. Puesto que la batalla está ganada, el reverendo Kermer nos va a unir. ¿Queréis todavía degollar a la marquesa de Tigrey?

Media hora después, Ana, llena de rubor, de asombro y de maravilla, salía de la iglesia entre las aclamaciones de los chuanes. Todos gritaban por aquella que un momento antes hubieran querido inmolarse:

—¡Viva la señora marquesa!...

La joven se inclinó hacia el oído de su esposo:

—Pero—le preguntó tímidamente—¿cómo sabías?...—

—¡Chist!—replicó él—. Dios me lo dijo...

Esta mañana he recibido la visita de un diablo de hombre: de un inventor.

¿Le gustan a usted los inventores? A mí me gustan una barbaridad, hasta cuando no inventan nada, que es lo que suele suceder a casi todos los inventores. Me gustan por su idea fija, por la fe que brilla en sus pupilas y por lo descuidado de su porte.

En lo de la idea fija y en lo del fuego de las pupilas, el bueno de mi hombre entraba de lleno en la tradición; pero en lo que sobrepasaba lo que yo había visto hasta entonces era en lo del porte descuidado.

Especialmente en lo que se refiere a un botón de la americana que se metía como por casualidad en un ojal del chaleco y recíprocamente.

Más que nada, era pintoresco.

El hombre entró en mi casa como un huracán.

—Buenos días—me dijo—. ¿Cómo le va a usted?

—No peor que ayer—le respondí—. ¿Y a usted?

—¿Me reconoce usted?

—¿Yo? En absoluto.

—Bueno; eso es porque ahora llevo barba. Y además, porque usted no me ha visto nunca.

Sin hacerle observar que en rigor bastaba esta última razón, me informé del motivo de su visita.

—Yo soy inventor, señor—respondió con arrogancia.

—Sí, ¿eh? Lo había adivinado.

—Y vengo a ver a usted porque sé que es persona inteligente, instruída y que no escatima el dinero cuando se trata de una buena idea.

Yo me incliné.

En efecto, soy un hombre inteligente, instruído, y cuando una idea me parece práctica, ingeniosa o sencillamente rara, no vacilo en sacrificar un millón o dos para acometer su realización.

Bruscamente prosiguió el hombre.

—¿Qué le gustaría a usted más: pudrirse o quemarse?

—Perdone usted—dije un poco extrañado—: ¿pudrirme?

—O quemarse... A ver, responda usted.

—La verdad, caballero, es que la idea de pudrirme no me seduce mucho, y en cuanto a la de quemarme, ¿necesitaré confesarle que, de momento, no me siento irresistiblemente atraído por ella?

—En este momento, bueno; pero ¿y cuando se muera usted?

—¡Oh, cuando me muera!...

Y esbocé un gesto de indiferencia.

Mi inventor continuó:

—Sí; pudrirse en la tierra es tremendamente desagradable; pero ser quemado no es mucho más atractivo.

—Sin embargo...

—No hay «sin embargo» que valga. Yo he inventado un procedimiento que sobrepuja a la cremación y a la inhumación. Yo sustituyo todo eso por la in-aereación; sí, señor; por la *inaereación*.

—No está mal, no está mal...

—No se ría usted de mí antes de saber...

—Le aseguro, caballero...

—Dejemos eso. Ya ha muerto usted, ¿no es eso?

—Hombre, le diré...

—Es una suposición. Usted ha muerto; me traen su cuerpo, yo lo meto en mi horno...

—Pero eso sencillamente la cremación.

—Permítame que siga. Lo meto en mi horno, un horno particular, de mi invención, y lo deseco. Lo deseco, ¿lo entiende usted bien? Lo *deseco*. No lo cuezo, ni lo aso, ni lo quemo; lo *DE-SE-CO*. Es decir, que lo desembarazo, por evaporación, de toda el agua que contiene... ¿Sabe usted cuál es, aproximadamente, la proporción de agua que entra en el cuerpo humano?

—Le confieso que...

—Pues bien: un ochenta por ciento, aproximadamente; o sea las cuatro quintas partes...

—¿Tanto?

—Sí, señor; tanto. Así, el Napoleón I, de quien ustedes han hecho un Dios...



—Yo no le he dicho nunca que...
 —No me interrumpa. Napoleón I, de quien ustedes hacen un Dios, pesaba ochenta y dos kilogramos, lo que representa unos sesenta y cinco kilogramos de agua. Pues por cada ochenta y dos gritos de *Viva el emperador* de los que ustedes lanzaban, cuente usted que sesenta y cinco se los daban al agua pura. ¡Eso, y no más que eso, son las grandezas humanas!

—¡Oh, qué materialista!

—¿Es usted casado?

—Por ahora, no.

—¿Tiene usted una amante?

—Una amante es mucho decir; pero, en fin, tengo una novia.

—¿Qué peso tiene?

—No la he pesado nunca, pero se lo puedo decir de un modo aproximado. Mire usted..., como no es muy gruesa..., podrá pesar... unos cincuenta kilogramos.

—Pues bien: permítame que le diga que el objeto de su idolatría contiene alrededor de cuarenta litros de agua, sobre poco más o menos.

—¡Cállese! ¡Me desilusiona usted!

—Cuarenta litros de agua. ¿Usted me entiende?... ¡Ochenta cuartillos!

Y el inventor pronunció esta frase: «Ochenta cuartillos», con tono indecible de menosprecio.

Luego continuó, como quien dispara a quemarropa:

—Pero usted se ha propuesto hacerme perder el tiempo con esas historias de su novia... Vuelvo a mi

invento. Apenas el cuerpo de usted esté enteramente desecado, lo meto en un líquido de mi composición a base de ácido azoico, que lo transforma en materia explosiva análoga al algodón pólvora. No hay más que encenderlo y... ¡ppfff... ffff... tttt!!!! Un resplandor súbito..., una gran humareda blanca que sube hacia el cielo, y se acabó. ¿Qué le parece a usted mi idea?

—Luminosa.

—¡Pero es que hay más! En lugar de transformar su cuerpo en simple explosivo, puedo convertirlo en un fuego de artificio completo... Petardos, lágrimas de fuego, granadas, soles, etcétera, etcétera. Para las familias pobres, me encargo de transformar, al precio de treinta francos, al querido difunto en candelillas romanas de todos colores. Por diez mil francos lo transformo en un castillo de fuegos artificiales de primera clase, con ramillete alegórico.

—¡Soberbio!

—Más aún... Los viejos militares podrán legar sus despojos mortales, así transformados, al Cuerpo de Artillería. Con ellos se cargarán los cañones. ¡Qué alegría la de poder, a los diez años de muerto, ametrallar a los enemigos de la Patria! ¿No le tienta a usted esto?

—Sí; el asunto es verdaderamente seductor; pero por lo que a mi cuerpo personal se refiere, prefiero esperar.

El inventor cogió su sombrero y se fué furioso.

—¿Qué quiere usted? Yo, la verdad, no tengo prisa.

MAXIMAS

Muchas veces se practica el bien para poder practicar impunemente el mal.

Si resistimos a nuestras pasiones, más es por su debilidad que por nuestra fortaleza.

Si nunca se adula, apenas existiría el placer.

Los más hábiles fingen toda su vida censurar las picardías para servirse de ellas en alguna grande ocasión y por algún gran interés.

El uso ordinario de la astucia es señal de un ruín espíritu; casi siempre sucede que el que se sirve de ella, por cubrirse de un lado se descubre de otro.

Las astucias y las traiciones nacen de la falta de habilidad.

El verdadero medio de ser engañado consiste en creerse más astuto que los otros.

La grandísima sutileza es una falsa delicadeza, y la verdadera delicadeza es una sólida sutileza.

En ocasiones basta ser grosero para no ser engañado por un hombre hábil.

La debilidad es el único defecto que nadie sabrá corregir.

El menor defecto de las mujeres que se han dedicado a hacer el amor, es hacer el amor.

Es más fácil ser prudente para los demás que para uno mismo.

Las únicas copias buenas son las que nos hacen ver el ridículo de los malos originales.

Nunca somos tan ridículos por las cualidades que tenemos como por las que aparentamos tener.

Algunas veces hay quien es tan indiferente de sí mismo como de los demás.

ramente
posición
materia
ay más
Un res
ue sube
sted mi

sformar
tirlo en
ágrimas
Para las
al pre-
cande-
francos
iales de

gar sus
erpo de
. ¡Quí
o, ame-
e tiente

r; pero
prefiero

rioso.
o prisa.

deza, y

r enga-

e sabrá

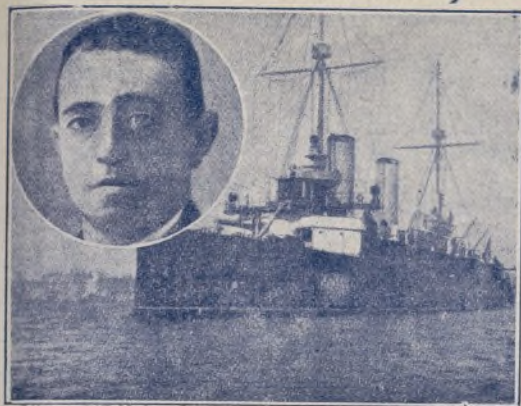
n dedi-

ue para

hacen

es que

e de sí



El crucero «Cataluña», que hallándose en el sector de M^o Ter fué alcanzado por una granada enemiga, que al estallar en su cubierta causó la muerte al capitán señor Janer y a dos marineros, y graves heridas a otros de sus tripulantes.



Soldados de la Legión, próximos a una trinchera enemiga, preparándose para el asalto en el reciente combate de Tizzi-Azza.

DE NUESTRO PROTECTORADO

El convoy a Tizzi-Azza, ha dado nuevamente motivo a nuestras tropas para probar su espíritu y empuje. Por las presentes fotografías, ofrecemos en esta página los retratos del capitán de corbeta don Jaime Janer, muerto a bordo del «Cataluña» por efecto de la explosión de una granada disparada por los rifeños, y el del Alférez del Tercio don José Bonet Pérez, muerto a causa de las heridas que recibió en el combate de Tizzi-Azza, en el que se le infringió al enemigo un duro castigo.



El comandante general Sr. Marzo en el campamento de Buháfora, presenciando el avance de las tropas en Tizzi-Azza.



Teniente Coronel Franco, jefe del Tercio, que al frente de sus legionarios consiguió llevar el convoy a Tizzi-Azza, no obstante el duro ataque del enemigo. En el óvalo, D. José Bonet Pérez, Alférez de la Tercera bandera del Tercio, muerto a consecuencia de las heridas que recibió en el combate de Tizzi-Azza.

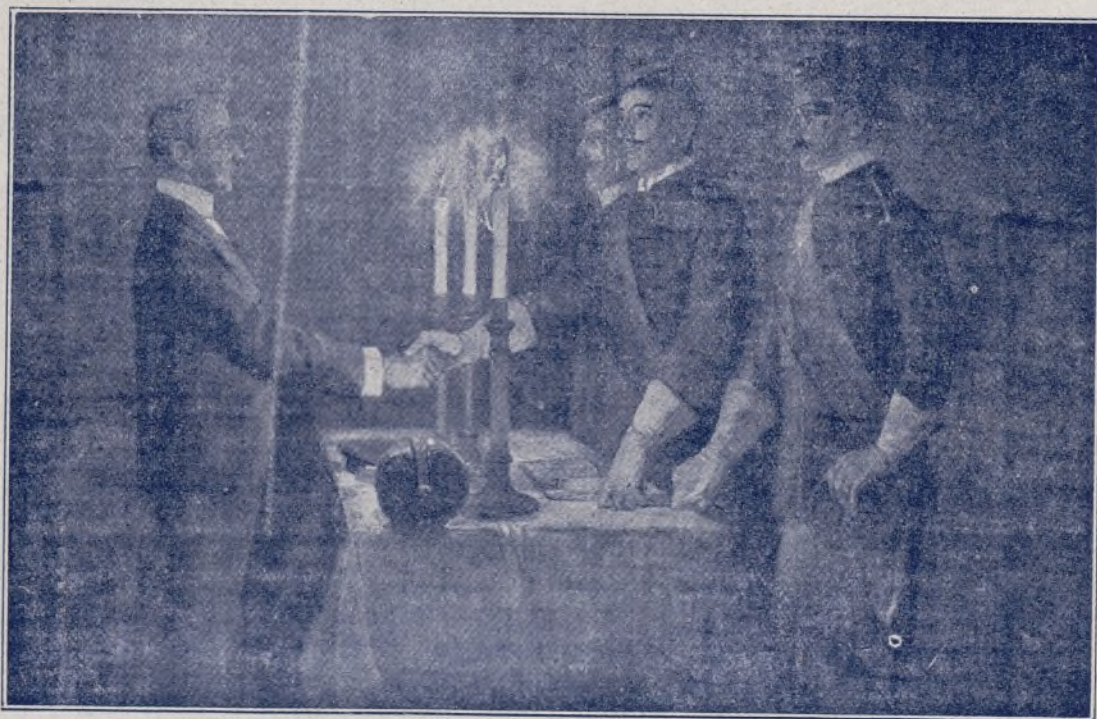
DE LA ALEMANIA
QUE NO PASÓ :::

LA TRADICIÓN DEL DUELO

Como otras colectividades, los estudiantes han tenido en todos los tiempos su personalidad y sus tradiciones, que por ley natural de evolución han ido desapareciendo en la mayor parte de los países bajos, el influjo de la corriente utilitarismo que en los años que corren va borrando poco a poco las peculiaridades de las distintas clases sociales.

de aquella burguesía defensora del Monarca, que respetaba como un dogma las rancias costumbres heredadas de los tiempos del feudalismo teutón que fué cuna de las caballerescas tradiciones medioevales.

Tienen, pues, los estudiantes alemanes, sus asociaciones esencialmente profesionales; pero no creadas con un fin utilitario, no, sino más bien



Los estudiantes alemanes, ante el Presidente y los Jueces de campo, juran acudir a la lid para mayor gloria de la raza.

Hay sin embargo todavía en determinadas naciones, costumbres que se conservan por la fuerza de la tradición. Conocidas de todos son las de los alumnos de las Universidades de Cambridge y Oxford (Inglaterra), de los estudiantes del barrio latino de París, de los cadetes de la ya desaparecida Academia Militar de Leningrado, y en especial las de las Universidades alemanas.

En estas, a pesar de la tan decantada Revolución, los estudiantes representan la continuidad

romántico; serían, permítaseme la frase, como los «Meistersinger» de la Universidad.

Algo ha cambiado en la actualidad el severo régimen y la férrea disciplina de las asociaciones universitarias que a raíz de la constitución del Imperio Alemán se fundaron y que, como es natural, reflejaban la organización militar que, como norma de vida, dió a toda Alemania el genio de Bismarck, el puño del *Canciller de Hierro*.

Como resultaría enojosa la descripción del ré-

gimen interno de estas asociaciones, me limitaré a reflejar aquí las dos costumbres que más excitan la curiosidad del estudiante extranjero y que son, el duelo y la especial contesía entre los estudiantes.

El lector habrá creído que el *duelo* tiene la significación que nuestro diccionario otorga a esta palabra y sin embargo, y aquí está lo curioso del caso, no es así.

Los estudiantes alemanes no se baten por una ofensa, ni se baten por que su conciencia les lleve a solventar por medio de las armas una cuestión de honor; antes por el contrario, se baten porque les une una entrañable amistad y porque quieren sellar con sangre los lazos de uno de los más nobles sentimientos del hombre,

Dicen que el origen de esta costumbre está en el propósito de que los hombres conserven su serenidad ante la alarmante vista de la sangre vertida y aprendan a refrenar la irracional, desordenada y furiosa acometividad que embarga el ánimo del que se ve atacado y herido. Sería, pues la genuina representación de las luchas con las que los Lacedemonios educaban a los hijos de Esparta para hacerlos fuertes, valientes ante el enemigo, sufridos frente al dolor y serenos ante el peligro.

Y este es el duelo de los estudiantes alemanes. Un día, con motivo de una festividad, de un cumpleaños o de un triunfo en las aulas, dos amigos entrañables deciden batirse.

En el local de la Asociación, ante el Presidente, los testigos y los jueces de campo, juran solemnemente que no les arrastra a la lid ninguna baja pasión y que se baten para la mayor gloria de la raza y la consagración de su mútua amistad. Unas veces al aire libre y otras en local cerrado, pero siempre inaccesible para los extraños, los combatientes se despojan de sus ropas y protegen el pecho, cuello y brazos con escudetes de esparto, quedando además los ojos a salvo, merced a unas gafas de red metálica.

Los sables de combate tienen filo, contrafilo y punta.

Colocado el brazo en alto y la muñeca por en-



El presente grabado nos muestra bien la cordialidad entrañable de los «adversarios» que tornan a la ciudad en medio de la mayor alegría.

cima de la cabeza, de tal modo, que la punta del sable esté a un palmo de distancia del rostro del «adversario amigo», comienza el duelo; siendo sólo lícitos los golpes que se den a juego de muñeca. Los jueces de campo desvían aquellos que sean ilegales o que juzguen peligrosos para la vida.

Llega el momento en que la sangre corre. Entonces, el herido, gozoso y sonriente, tiende la mano al amigo que ha sabido otorgarle aquella indeleble muestra de valor y de respeto a las tradiciones de la raza: y después de soportar la cura sin que el más leve quejido ni la más insignificante mueca descubran el sufrimiento que padece, del brazo de su adversario, rodeados ambos de les camaradas que presenciaron el duelo, vestidos con los colores de la asociación, vuelven a la ciudad entonando himnos bélicos.

La fiesta termina en la cervecería. Sentados alrededor de una gran mesa y bebiendo en sus «MASS», gigantescas copas de un litro de capacidad y de unos 45 cm. de altura, los camaradas celebran el acontecimiento que allí les reúne. Los estudiantes que entran en el mismo local, al divisar a sus compañeros vestidos con el uniforme de la asociación, se descubren y dando frente a la mesa, se cuadran; los combatientes contestan con una rígida flexión de la cabeza.

Si, casualmente, a cude algún estudiante acompañado de su novia o hermana, después de los saludos de rigor y una vez instalada la pareja, se

levanta de la mesa uno de los camaradas y saluda con todo género de solemnidades a la elegida del compañero.

Estas reuniones terminan por lo general muy tarde; pero aún en el caso en que la rubia bebida haya nubilado los sentidos de alguno de los contertulios, este conserva el recuerdo de que va vestido con el traje del honor y *nunca* comete ningun-

Después, con una seriedad cómica encarriló su bastón en la vía del tranvía y dando traspies emprendió con toda gravedad la vuelta a su casa lanzando estentóreos vivas a la Patria. Al día siguiente nos enteramos que había llegado con «toda felicidad» y que el sereno había cumplido el ruego que por escrito se le había hecho.

No quiero cansar más a los lectores. Por lo an-



El duelo en todo su apogeo. Véase los jueces de campo, pendientes de los golpes peligrosos.

na acción reprobable, que sería además castigada por los compañeros.

Recuerdo que en cierta ocasión, el Presidente de una de las Asociaciones llegó a ser víctima del abuso de la cerveza y al querer sus compañeros acompañarle a su casa, se negó rotundamente; rogó que en un papel escribieran al sereno de su casa para que le ayudara a acostarse y se lo colocaran prendido en la solapa del «chaquet».

tedicho comprenderán la significación de estas tradicionales costumbres, que tan severamente han sido criticadas por los países latinos.

Yo que las he visto y que casi puedo decir que las he vivido, aseguro que me son más simpáticas que las cucharas españolas que en nuestras estudiantinas simbolizan el reparto de las «sopas bobas» de los Conventos castellanos.

RICARDO DIAZ SARASOLA



EN EL OASIS
DE NEGRINE

UNA TRIBU PRIMITIVA EN EL SURESTE AMERICANO

La civilización, que tiende a reunir todos los puntos y países todavía separados, y que comienza a penetrar en el Sahara, ha olvidado el oasis de Negrine, al pie del monte Madjour, próximo a la frontera tunecina, dominando el desierto.

En efecto; al Este y al Oeste, las vías férreas de Tozeur y de Biskra-Touggourt, utilizadas por los turistas, los exploradores y los funcionarios, garantizan a Negrine una inviolabilidad que no tienen otros oasis, atravesados ya por los autos-cadenas. En Negrine, en donde no reside ningún europeo, ni ofrece albergue a las caravanas, y colocado fuera de la travesía de ellas y de la de los turistas, se ha podido guardar, en su integridad, la supervivencia de sus costumbres y de ciertos ritos, que han quedado suprimidos en otros sitios por la proximidad de las costumbres occidentales.

La última aglomeración civilizada es Tebessa, pequeño pueblo adosado a las montañas cubiertas de pinos de Alep, en la extremidad de una alta meseta, aislada por llanuras, donde se espacían pobres aldeas o pueblecillos, en que se ven cercados abandonados, tierras sin cultivar, que atestiguan la soledad y el clima deprimente del país.

Tebessa encierra en sus murallas bizantinas sus callejuelas comerciales, su plaza, sus edificios oficiales, mientras que la población indígena permanece fuera de una manera sordida, arrimada a la base de las colinas. Con sus restos romanos, su templo, su basílica y los mosaicos apenas removidos, con su doble administración, sus paseos, el auto-car que le liga a Constantina y el tren fantástico que asegura sus comunicaciones con Bone, Tebessa aparece como el último baluarte, en donde se aventura un esfuerzo, que se detiene bruscamente a algunos kilómetros, en el punto mismo en que cesa el último camino.

En las tres jornadas de viaje a caballo o en coche que separan a Tebessa de Negrine, no se encuentra ningún techado, salvo los de los *borjs*,

que la administración previsora ha colocado de trecho en trecho.

No existen más en las vastas mesetas contenidas por las cadenas de montañas, que arena y una vegetación que parece petrificada: unas pocas plantas grises y duras. Los árabes llaman a esta vegetación, paradójicamente, «la selva». En cuanto a estas montañas, que exhiben sus pliegues de rocas, que van a parar a la arena amarilla y cálida en formas caprichosas, evocan los períodos geológicos en que las montañas, apenas formadas, no han recibido aún el soplo de la vida.

Sólo algunas columnas de humo que ascienden lentamente de algunos campamentos invisibles es la única vida que se nota en estas grandes mesetas arenosas. El paso de los nómadas ha dejado intactos los útiles de piedra de los hombres del Paleolítico, que han cruzado estas tierras durante tantos siglos. ¡Cómo iban a pensar los Beduínos que algunos de



ENCENDEDORES DE FUEGO EN EL PATIO DEL CORDJ DE NEGRINE

Un árabe mantiene sobre el suelo un tronco, ligeramente entallado, mientras que un sahariano hace mover rápidamente en el entalle un pequeño pedazo de madera, puntiagudo en bisel. El fuego nace bien pronto

estos pedernales, que herían las patas de sus camellos, iban, con el tiempo, a ocupar un puesto de honor en las vitrinas de nuestros museos!

Cuando se ha franqueado el desfiladero de *Bir el Ater*, se ve venir hacia sí, en la profundidad, una llanura que dirige hacia el horizonte la montaña de Negrine. Se tiene entonces la impresión de descender, por aquellas lajas, en marchas gigantescas, hacia el mar de arena.

Lo último que se encuentra es el *chebka*. No se le distingue apenas. Se llega al *bordj* del Negrine, perfilado hacia el cielo, sin sospechar su existencia. Desde la terraza de éste se ve desarrollar el *chebka* como una interminable serie de cortaduras, al pie de las cuales bate la ola inmóvil del Sahara. Visión fantástica a la luz de la luna. El ojo, desconcertado, no encuentra ninguna forma conocida. Esas pirámides blancas, esas aristas que relucen, esas murallas de sombra, ¿no es una construcción muerta, medio ruinoso, que se emerge en el horizonte para pronunciar más el desierto blanquecino que se divisa confusamente?

El *chebka*, el adorno, el misterio. Dédalo de murallas de arena separadas por entabladuras profundas; laberinto edificado por el esfuerzo complejo de las aguas, que han labrado sus agujas, abierto esos corredores estrechos, por los que se puede caminar durante horas, y hechas esas cortaduras a pico, en donde se encuentra todo como hundido de golpe; admirable línea de defensa el *chebka*, que encierra su tesoro en medio de aquella inmensidad.

Al levantar el sol, se pretende buscar el oasis entre las mallas coloreadas de rojo vivo y de amarillo azafranado, y la mirada no descubre más que esculturas de arena, sobre las que esporádicamente ondula un penacho verde.

Después del repliegue de la *chebka*, se encuentra el pueblo, de 1.500 habitantes, tan bien disimulado, que parece que tiene el mismo color dorado de las arenas. Con sus callejuelas tortuosas y el encanto de sus palmeras, el terreno precioso de Negrine asemeja a las villas saharianas; quizá más pobre, por no tener ni minaretes ni azoteas, y sólo dos establecimientos o boticas, donde se sirve café.

Los jardines del oasis están hacia los anillos del *chebka*, separados unos de otros por grandes distancias, abundando en ellos los arroyos, que se escapan en torrente al fondo de un barranco. Nada más curioso que estos tesoros de verde, rodeados, como defensa, por cañadas o profundas cortaduras del terreno.

Hasta el oasis de Ferkane, que dibuja al Oeste un minúsculo anillo verde, el *chebka* prosigue su movimiento desordenado, que contrasta notablemente con la calma del desierto. Este, tan claro y con su transparencia azulada, asemeja a un lago sin orilla. Si se pudiera penetrar en la distancia, iría la mirada, sin encontrar obstáculos, hasta Hoggar, por el lado del Madjour, atravesando las arenas inconmensurables.

En este vértigo de la vacía inmensidad parece sentirse y que viene hacia uno, misteriosamente, un poco del alma primitiva, esa alma que los nómadas no han turbado y que flota todavía a través de estas extensiones.

Se pone el sol. Todos los colores brillantes pierden su virtud. Se funden los unos en los otros hasta carecer de expresión. Los rojos funden los azules; el rosa cambia en violeta, y así van transformándose y perdiéndose.

Las gentes de Negrine no suben jamás hasta Madjour. Sus chozas tienen un aspecto primitivo y por las estrechas y desordenadas calles pululan con los niños y animales. Se ocupan en menesteres pacíficos de los hombres primitivos. Las mujeres no son únicamente las tejedoras de un telar arcaico, sino que hacen también objetos de alfarería. Un instrumento tan complicado como el torno les es desconocido. Para modelar los cántaros, pucheros y platos que ornamentan los muros de la bella habitación, no usan más que sus manos, como los alfareros de la época neolítica.

Escena inolvidable que nos remonta a los días de la infancia del mundo: una jovencilla, envuelta en su larga túnica resplandeciente, modela un pote con sus dedos. Mueve la pelota de arcilla sobre una planchita para darle forma. Está atenta a su trabajo, y los pesados círculos de plata que lleva en sus orejas, muñecas y tobillos se entrecocan, produciendo un tintineo metálico. El pote se ensancha. Coge un pedazo de masa y lo añade, redondeándole entre sus palmas, viéndose crecer sus paredes panzudas; los dedos, ágiles, pasan y repasan, asegurando una regularidad perfecta. El asa queda puesta de un golpe. Veinte minutos son suficientes para fabricar, sin el concurso de herramientas, esta maravilla.

Están perpetuadas en Negrine todas las viejas creencias. Se cuenta, por ejemplo, que el puercoespín es capaz de lanzar sus dardos contra sus enemigos. Y todos conocen la existencia de una serpiente que atraviesa todo lo que toca.

La magia juega un gran papel entre estas humildes vidas, aterrizadas por las fuerzas malas en que se creen envueltas, y a las que tratan de conjurar en vano. Así, cuando oyen el grito del buho, golpean un mortero para destruir este inquietante presagio. Las mujeres que temen la infidelidad de su marido se vengán haciendo tocar con la mano de un muerto el alimento que les han de dar.

Tales recetas las conocen todos los moradores. Pero existe una ciencia más secreta y más complicada, con prácticas y fórmulas que se transmiten las ancianas de generación en generación.

Negrine, en suma, es un islote del pasado. Sus habitantes han guardado las preocupaciones, las creencias y los terrores de sus antepasados. Viven cerca de nosotros y, sin embargo, están a diez mil años de distancia cronológica...

DOS CRUSTÁCEOS EXCÉNTRICOS

EL CANGREJO GIGANTE Y EL CANGREJO CAVADOR

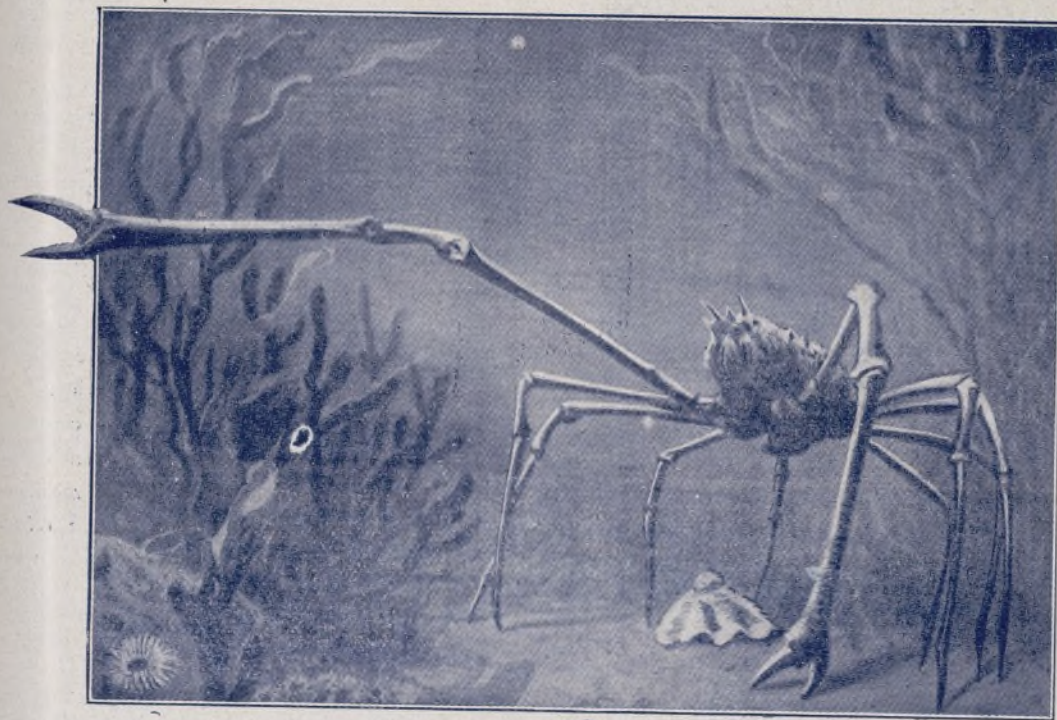
Entre las especies poco conocidas, por su rareza y por la poca abundancia en que se han hallado, están el cangrejo cuyo nombre científico es el de *Macrocheira Kampferi* y el *Cambarus Diógenes*.

Estos son dos crustáceos monstruosos: el primero, por su constitución anatómica, que le ha hecho el gigante de su grupo, y el segundo, por sus costumbres, que se asemejan a las del topo y otros animales cavadores.

Poco se sabe de las costumbres de estos animales;

Aunque las pinzas son extremadamente largas, los mordiscos que da no son tan terribles como los de los Homards. Parecen más bien los de las langostas o arañas de mar.

Se puede poner una comparación para dar una idea de este cangrejo. Se sabe que las arañas de mar (*Maia squinado*, *M. verrucosa*) son cangrejos bastante comunes en nuestras costas, y comestibles. Sus cuerpos espinosos, puntiagudos por delante, recubiertos de algas y vegetaciones, inspiran la repugnan-



El monstruoso cangrejo gigante de las costas del Japón, cuyas patas delanteras miden dos metros y medio de longitud y no puede vivir más que en grandes profundidades

pero lo poco que se sabe ha sido debido a las investigaciones hechas por el sabio Gravier.

En la colección de crustáceos del Museo de París existen tres ejemplares del *Macrocheira Kampferi* que permiten conocer las características de este raro crustáceo. El cuerpo propiamente dicho no es muy voluminoso. En cambio, las patas son verdaderos zancos articulados de uno a dos metros de longitud. Las patas delanteras o pinzas son aún más largas: su carácter es a lo que se debe su nombre de *Macrocheira*: de *macro*, largo, grande, y *cheira*, mano o pinza.

cia y el temor. Nada es más inofensivo, sin embargo, que una *Maia*. Cuando se la atrapa no hace más que alargar sus largas y torpes patas para utilizar sus pinzas, muy débiles para su tamaño.

El *Macrocheira Kampferi* pertenece al mismo grupo zoológico de los Oxirhyncos o arañas. Es una araña de mar gigantesca, y aunque su tamaño es más voluminoso que lo ordinario, no ofrece ningún peligro para el hombre.

Su aire al andar es un poco ridículo, por sus grandes patas. Se diría que era un ser del planeta Marte. No se ha encontrado el *Macrocheira* más que en las



Croquis de una guarida del cangrejo topo de los Estados Unidos.

costas del Japón. Vive normalmente entre los 270 y 360 metros de profundidad. Los ejemplares capturados ha sido debido a la casualidad, al ser encontrados en unas redes de pesca.

El sabio alemán Doflein ha podido observar uno de estos animales. Cuenta que sus marinos ataron al animal un largo hilo y le dejaron deambular por el fondo del mar, en un punto inmediato a la orilla. El animal marchaba como un espectro extraño, destacándose en el agua verde sus largas patas coloreadas de un rojo muy vivo. Pero cuando el viento agitaba suavemente el agua, el animal se tenía difícilmente de pie y se le veía oscilar de un lado a otro.

Este equilibrio inestable explica bastante bien que el *Macrocheira* no pueda vivir más que en profundidades grandes, donde no se sientan las olas ni las corrientes marinas. En una palabra, en un agua tranquila.

El dibujo que se reproduce es debido al profesor Millot, del citado Museo.

La segunda especie, el *Cambarus Diógenes*, se encuentra en la Colombia inglesa, el Oregón y Califor-

nia. Existen en estos puntos una media docena de clases de estos cangrejos, diferentes de las del mundo antiguo, pertenecientes al género *Astacus*. Por las Montañas Rocosas, desde los grandes lagos hasta Guatemala, se encuentran estos animales en treinta y dos especies diferentes, pero pertenecen al género *Cambarus*. Especies de este género también se encuentran en Cuba, y no se sabe, hasta el presente, que existan en las otras islas de las Indias occidentales.

Así, las especies de estos crustáceos, que están viviendo en la vertiente pacífica de las Montañas Rocosas, pertenecen a otro género que las de Europa. La principal diferencia anatómica entre una *Cambarus* y una *Astacus* está en el número de patas. El primer género tiene 17 patas por cada lado, mientras el segundo tiene 18. Pero más importante que estas diferencias anatómicas son las costumbres de este *Cambarus Diógenes*, de los Estados Unidos. Es muy abundante en los alrededores de Wáshington y sirve de alimento a sus habitantes. El dibujo que se reproduce en esta página representa al cangrejo en el fondo del hoyo que él se hace, parecido a un hormiguero, en terrenos arcillosos. En el fondo se encuentra siempre un poco de agua, que le sirve para asegurar sus mínimas necesidades respiratorias.

La galería vertical, que termina en la cámara inferior, tiene un metro de longitud y cuatro centímetros de diámetro. Presenta de ordinario ramificaciones laterales que constituyen otros tantos refugios, sea contra enemigos, sea contra factores físicos: inundación en tiempo de lluvia, sequedad en el estío o gran frío en el invierno.

El agujero, en fin, tiene dos entradas; una de ellas vertical y otra a la extremidad de una galería oblicua. Se notará en el dibujo que en estas entradas hay pronunciamiento como si fueran cráteres; lo constituyen la acumulación de los materiales arrastrados y echados fuera por el cangrejo.

No es raro encontrar, en los Estados Unidos, *Cambarus Diógenes* a muchos cientos de metros de todo arroyo.



UNA VISION DANTESCA EN EL JAPON

Aún se mantiene vivo el recuerdo triste de las catástrofes ocurridas en el Japón en septiembre del año pasado de 1923, y de las víctimas que en ellas perecieron, por la destrucción de *Yoshiwara* y el drama de *Hifukusho*.

Desde los primeros momentos de la tragedia, el Gobierno japonés se ocupó de retirar de la circulación las fotografías lúgubres que se sacaron de los restos humanos esparcidos por las calles y los barrios de Tokio.

Algo se ha conservado, respecto al segundo lugar —como puede verse en los grabados que se intercalan—, de las osamentas calcinadas y las cenizas de tanta víctima, repartidas en cajas y sacos, delante de los cuales se ven a las familias, sucediéndose en grupos, en actitud fervorosa y suplicante.

Uno de los escapados a la furia infernal que desoló *Hifukusho* relata el drama con las palabras emocionantes que ofrecemos a nuestros lectores, a título de la mejor información veraz que se ha podido recoger. Dice así:

«Yo habitaba en Honjo con mis padres y mis cuatro hermanos. Ibamos a disponernos a comer el arroz

del mediodía, *hiru-meshi*, cuando nuestro *nagaya* se puso a temblar. Todos los objetos, de pronto, cayeron sobre nosotros. Contra el *jishin*, ¿qué hacer? Mis hermanillos comenzaron a llorar. Mis padres les cogieron de la mano y salimos a la calle. Estaba en ella todo el mundo. Todos pálidos. Se miraban unos a otros estúpidamente. ¡*Má!* ¡*Má!* *taihénda!* ¡*Ah!* ¡*Ah!* Es espantoso. Esto es lo que repetían todos. Delante de nosotros, las casas derrumbándose, y las gentes corriendo de un lado a otro.

De repente, uno grita: «¡*Kwaji!*», ¡El fuego! En efecto; se ven llamas por cinco o seis lados a la vez y un humo negrísimo que ocultaba todo. No había tiempo de nada. Entonces, mi padre dijo:

—Es preciso huir de aquí.

Mi madre decía:

—¿Dónde ir?

Yo quería que fuéramos hacia el puente Azuma, que atraviesa el Sumida, para refugiarnos en Asakusa, en el templo de *Kwan-an-Sama*.

Mi padre replicó:

—Es demasiado lejos; es preciso que saquemos de la casa todo lo que podamos. Entremos en ella, ha-



Ante la inmensidad de la catástrofe, la muchedumbre aterrada huía de las ciudades refugiándose en el campo. La presente fotografía nos muestra un campamento de 33.000 fugitivos con los efectos que pudieron salvar de la destrucción de Hifukusho

gamos algunos paquetes y vayamos a Hifukusho, a dos chô de aquí (200 metros). Allí estaremos al abrigo de los temblores de tierra y también del fuego, por no haber casas.

El reloj estaba roto en el suelo. Mi padre cogió los colchones; yo, los trajes y ropas; mi madre, algunos utensilios, y en seguida abandonamos la casa, cuya puerta estaba ya derruida.

En este momento, las gentes corrían como locas en todos los sentidos, no diciendo ninguna palabra. El pánico cerraba todas las bocas. Tardamos como

Se reía entonces, creyendo estar en sitio seguro. Bien pronto vimos el fuego sobre Asakusa, al Oeste, por encima de la ribera. Se veía el cielo negro por todas partes.

Y cada vez llegaba más gente... Como sardinas en banasta, fué imposible moverse, a causa de los carros, coches, bicicletas y fardos aglomerados. No se hablaba mucho.

Mi padre había llevado un poco de *nigiri-meshi*, arroz. Nos lo distribuyó y nos agrupamos para comer. Los unos preguntaban: «¿Qué hora es?» Los que



Fotografía de las nubes de fuego que después de los terribles terremotos se cernían sobre las ciudades, produciendo los incendios que acababan reduciéndolas a pavesas

un cuarto de hora, que nos pareció un siglo, para llegar a Hifukusho.

La puerta de entrada era estrecha, guardada por un *junsá*, agente de Policía, en donde la muchedumbre se estrujaba ya, esforzándose todos en pasar cuantos antes. Muchas mujeres llevaban a sus hijitos a la espalda, y algunos hombres arrastraban carros a mano con los enseres.

En fin, entramos. En este recinto, de cincuenta hectáreas cerca, absolutamente vacío, se creían todos en seguridad; muchos salían para volver a sus moradas y sacar de ellas cuanto pudieran. A las dos horas había tanta gente, que ya no se podía circular, y continuaba llenándose, pues el fuego, que flameaba ya en más de veinte lugares del Este, hacía a la gente buscar un refugio.

tenían reloj, decían: «Son las tres.» Se hacía de noche casi, y el viento venía muy cálido. Todo Honjo debía estar quemando, pues el cielo, por esa parte, era rojo.

Si no hubiera tenido temor a mi padre, hubiera intentado escalar la masa humana que nos tenía encerrados para buscar una salida hacia el río, que estaba a cien metros hacia el Oeste, pues las llamas se iban aproximando a nuestro refugio.

Poco a poco, al Norte, al Sur y al Oeste, no se veía más que un cielo lleno de humo y llamas. Nosotros estábamos como cogidos en una trampa infernal. Sólo el río Sumida parecía protegernos.

En la inquietud, unas veces se oían las plegarias de las mujeres a los dioses; otras, se sumía todo en



Montón de osamentas calcinadas de los 33.000 refugiados en el campo, cerca de Hifukusho, catástrofe producida en dos horas por las terribles *nubes de fuego*.

un gran silencio. Yo estaba abrasado de sed. Imposible moverse sin aplastar a alguno.

Uno de los más próximos decía: «Las tres y media. ¿Nos salvaremos?»

Yo me acordaba que algunos intentaron ir hacia la puerta de salida, pero volvieron descorazonados. El aire se hacía irrespirable. Una sed devoradora se caba las gargantas.

De repente, hacia Nihonbaski, se vió como espirales de llamas que subían con ruido de huracán, y este singular espectáculo se repetía en diez puntos a la vez. Oleadas de fuego, grandes llamaradas, se escapaban, flanqueando los cuatrocientos del río, y venían sobre nosotros... Era...

¡Ah! Se dió entonces un pánico indescriptible. El fuego lamía los vestidos, los efectos y los cabellos de las mujeres. Las gentes se tumbaban en tierra como podían, boca abajo, los unos sobre los otros. Gritaban, lloraban, sobre todo, los niños...

Poco a poco quedé alejado de mis padres. No reconocí a nadie de mi alrededor. Fué entonces cuando tomé una decisión..., a pesar de no saber qué hacer en momentos así...

Una sola salida. Obstruída. Miraba siempre hacia el Sumida. También el fuego había franqueado el río y devoraba las tapias de *Hifukusho*. Una alambrada

galvanizada nos separaba de él. Yo corrí como pude, entre las gentes alocadas, que ardían como antorchas, al franquear esta barrera. El fuego, muy próximo, había ya enrojecido las alambradas; por tanto, allí estaba el primer peligro. Medio asfixiado llegué a ellas, y con las manos quemadas, como veis, las salté, cayendo en un inmenso brasero. ¡Qué importaba! Con una mano sobre la boca, corrí y corrí hasta llegar a la orilla del río, donde me dejé caer medio muerto. Las aguas estaban calientes, como las de los baños. Vi cerca de mí otras personas desnudas, que sumergían su cabeza en el agua. La mía estallaba. Yo hice lo mismo, y bebí, bebí...

...Un vago rumor subía del infierno que acababa de dejar. Crepitaciones de llamas, torbellinos de fuego que quemaban, como a la paja, a los hombres y los objetos... sollozos, alaridos... ¡No sé qué! Me desvanecí, sin duda. Cuando recobré el conocimiento estaba acostado en la ribera con las piernas dentro del agua. Era muy de noche. Ya sabéis el resto. ¡Padre mío, madre mía, hermanos míos!...

Al día siguiente fui a buscarles. ¡No he podido reconocerles! ¡Después se han recogido todos los restos, se les ha rociado de petróleo, haciéndoles cenizas...!



INVENTOS PARA EL PORVENIR

LA TORRE PARLANTE



He aquí una curiosa anticipación debida al ingenio del americano Gernsback, director de la revista *Science and Invention*. Antiguamente en algunos pueblos, se veían torres guardadas por un vigía que velaba constantemente para dar la voz de alerta a la población en los casos de ataque o incendio o servía de pregón para convocar las asambleas municipales. En algunas villas del Norte subsisten todavía esas torres, pero han perdido su carácter antiguo y el oficio que desempeñaban de avisador público, que nunca se llenó más que de una manera rudimentaria.

El pregonero público que se ve en ciertas localidades, como en las de Castilla ¿no es también un vestigio de los tiempos pasados? Los carteles pegados en las esquinas, los bandos impresos y los periódicos los han reemplazado.

Pero los notables progresos de los aparatos amplificadores de la voz o resonadores potentes permiten la resurrección, bajo una forma moderna, del pregón público, que ha de simplificar las órdenes y los avisos del gobernante al pueblo.

Todo el mundo sabe que existen aparatos capaces de hacer oír la voz humana a millares de auditores que estén a dos kilómetros de distancia. Estos aparatos pueden amplificar la voz de un orador, que se coloque muy próximo, a centenas o a millares de kilómetros, valiéndose de la telefonía con o sin hilos. Esto está indicado para buscarse en su utilidad y en su poder maravilloso la difusión de noticias oficiales importantes, y servir de vocero y propagandista un instrumento político en el sentido etimológico de la palabra.

Para Gernsback estos aparatos amplificadores de la voz, vendrán a ser en la ciudad futura, un órgano tan importante que justificará una arquitectura especial en los edificios municipales en que se instalen. Un inmenso minarete dominará la construcción e inmensas bocinas sobresaldrán del conjunto, orientadas en todas las direcciones.

Nada más fácil será oír entonces los discursos acalorados de los concejales, los acuerdos del municipio y cuanto se hable en las sesiones que tenga un interés general y público. Con esta profunda modificación, serán también suprimidas las vistas públicas y la aglomeración de personas en las salas en que se discuten o ventilan los problemas que afectan a los pueblos o naciones.

Como verá el lector, el invento de marras, no puede ser más útil y más práctico. Las generaciones futuras, si él mismo se realiza, no tendrán que incomodarse mucho cuando tengan curiosidad de enterarse de los grandes acontecimientos. Desde sus casas estarán al tanto de cuanto ocurra de interesante en la población en donde la torre parlante se establezca.



He aquí el aspecto del edificio de la torre parlante, el fantástico invento del ingeniero americano Gernsback, que convertirá a las ciudades del porvenir en realidad de los sueños de Julio Verne. Desde su casa podrán todos los habitantes informarse a viva voz de cuanto ocurra por el mundo

PÁGINA DE ARTE



«FIEL HASTA LA MUERTE»: EL CENTINELA ROMANO EN POMPEYA

(CUADRO DE SIR E. J. POYNTER)

Las ruinas de lo que fué Atenas en el tiempo de su mayor florecimiento, evocan toda la majestad y gloria que tenía. La historia de una de las más bellas épocas de la evolución de la humanidad, está escrita en estos templos casi derruidos.

Hay en el mundo países y ciudades, cuya gloria fué inmensa en una época de su historia, que parece que se han detenido para siempre, sin hacer mella en ellos todas las transformaciones acaecidas después. Sus ruinas son más vivientes que toda su vida actual. Sus últimas piedras hacen perdurar en los siglos el renombre que tuvieron y el esplendor que alcanzaron. Mantienen estos restos viva la tradición y la historia para ejemplo y admiración de los hombres.

Este es el caso de Egipto y, sobre todo, de Atenas, del que nos vamos a ocupar en estas líneas.

Cuando se llega por el mar al golfo de Salamina y se ven aparecer en lo inmenso del azul las blancuras y el dorado de las colinas que forman la bahía al nordeste, la impresión que se recibe es de respetuoso recuerdo, aunque los pequeños montículos calcáreos cubiertos de una pobre vegetación nada dicen, como tampoco los repliegues del terreno, de una centena de metros, que no tienen en sus flancos más que sus débiles olivos grises y sus chaparrales de laureles-rosas.

Pero por encima de este paisaje, que hace como de fondo de decoración al Pireo, y que se llama Acrópolis, alguna cosa se dirige hacia la luz; alguna cosa que es en sí misma como un poco de luz condensada, a fuerza de ser bañada por el sol durante tantos siglos. Es el Parthenón, que por sí solo afirma la espléndidez de Atenas y de todo lo que Atenas y los atenienses pudieron imaginar para conservar su recuerdo.

Embarcad en el puerto. Un tren asmático os desliza refunfuñando por los ribazos. La estación de Monaterion os parece una subprefectura. Parece hallarse el viajero en una pequeña ciudad del Mediodía, con el blanquecino polvo de la carretera, los plátanos, las cigarras y el olor a heno, de que está perfumado el aire campesino. Las calles están animadas, a pesar del fuerte calor que se reverbera en los muros de las casas, en los de los palomares verdes y

en los tejados planos de tejas redondas. Se atraviesa la plaza de la Constitución y se ve pronto el Palacio Real, que, con sus aires de tropas coloniales, ya os empieza a interesar. Pero aglomeraciones de gente que se interponen en vuestro camino y vociferan en nombre de algún Napoleón Canaris, comienzan a recordaros que estáis en la patria de la eterna política, y os hace soñar en la Agora, donde dos mil años antes esta misma muchedumbre desterraba a Temístocles o a Aristides, cansada de oír, desde hacía mucho tiempo, que era «el Justo». Estáis en Atenas, en la Atenas de Pericles, que surge por todas partes, alrededor de vosotros, y no en la de George III. Después de ir por estrechas carreteras, llenas de polvo, entre jardines mal cuidados, habéis subido a una de las colinas que dominan la ciudad. Y por encima de las casitas blancas y amarillas, con las que contrastan los cipreses negros, veis levantarse las columnas, los frontones, las murallas de los templos y todas las ruinas gigantes que sobrepasan y dominan a la villa moderna, como recuerdos de un pasado formidable.

Volveos. He aquí el golfo donde fué dispersa y vencida la flota de Jerjes; la montaña de Hymette, donde las abejas hacían la miel en tiempo de Platón. Mirad al Norte: ese río de allá abajo es el Cefise; ese arroyo cenagoso es el divino Ilissos. Esas crestas



Las ruinas del palacio de las Cariatides, es una bella muestra del culto a la estética de aquel pueblo artista

que cierran el horizonte son los asientos de mármol del Pentélico, de donde se han sacado los materiales para estos monumentos maravillosos que tenéis delante.

Miremos el conjunto. El Acrópolis, ahora muy próximo, ha reconquistado su talla de ciudadela, guardián vigilante del mar, con el templo de Atena Parthenós, que permanece en su virginal pureza, a pesar

queño templo de la Nike Aptere, cuyos exquisitos capiteles jónicos constituyen un verdadero santuario de belleza.

En la antigüedad, abría la terraza de Acrópolis, por el lado del mar, un pórtico monumental, que llamaban los Propíleos, con una larga escalera bordeada de torres y de estatuas. Se han encontrado hace unos cuarenta años buen número de éstas. Son todavía vi-



Vista de la ciudad y la Acrópolis.—Esta curiosa fotografía nos muestra el sitio donde estuvo establecida la célebre ciudad de la Atica. De su esplendor y su belleza son una muestra sus gloriosas ruinas. Del Templo de Júpiter Olímpio, sólo quedan diez y seis inmensas columnas corintias. Se alzaba este templo sobre una plataforma formada artificialmente en la escarpada pendiente de una montaña. La Acrópolis de Atenas que representa nuestro grabado, es una plataforma cuya elevación alcanza unos setenta metros. El Partenon que corona la Acrópolis y el Areópago, tienen antiquísima y universal fama. Desde el Areópago dirigió la palabra San Pablo a los atenienses pronunciando su magnífica oración a los «Hombres de Atenas».

de los saqueos y violaciones que ha sufrido durante tantos años. Todavía anima a sus piedras una vida extraordinaria; sus esbeltas columnas parecen tórsores jóvenes de la mayor pureza, y en todos los restos se ven curvas armoniosas y líneas perfectas.

No es preciso un gran esfuerzo de imaginación para restaurar, para reconstruir las obras maestras de Fidias, la larga teoría de los bajos relieves, en donde desfilan los caballeros, los soldados y los sacerdotes y la procesión de las doncellas que llevaban el velo de la diosa y la estatua de Atena, la estatua maravillosa de ébano y oro.

Al lado de este templo, otros: el Erechtheion, con sus admirables cariátides, en las cuales las movidas vestiduras, que dibujan los bellos cuerpos robustos, contrastan con las suaves y severas líneas del basamento que las soporta. Y no lejos de ellas, el pesibles las trazas de la pintura que las recubría. El

rojo, el azul, el amarillo, el negro y el oro dominaban en todos los vestidos. Se reconoce hoy todavía el tono de los cabellos y hasta los trazos de negro de los párpados.

Cerca del Parthenón, en el ángulo sub-occidental del Acrópolis, había erigido Fidias otra estatua, colosal entonces, de nueve metros de altura, que representaba a Atena, pero una Atena guerrera, la Promachos; es decir, la centinela, la «resplandeciente», que dominaba la bahía y que era la protectora de los barcos innumerables que, de Egipto, Lidia, Sicilia, Chipre, España y confines del mundo conocido transportaban las riquezas de la poderosa ciudad.

Descendamos ahora al valle. Esos capiteles corintios que soportan largos fustes acanalados es lo que queda del templo de Zeus. Por el lado opuesto, el templo de Teseo ocupa una situación análoga. Es uno de los mejor conservados, gracias a las hábiles res-

tauraciones que ha tenido. Erigido en honor de uno de los más poderosos y más sabios organizadores del poderío ateniense, simboliza la victoria de Grecia sobre el Oriente (no olvidemos que se trata de los tiempos antiguos), y es el testigo de una época heroica, donde los reyes de Atenas sabían sostener su gloria y vencer a sus enemigos.

Aquellos tiempos no vuelven. ¿A qué enumerar otras maravillas? No hay nada más grande que estos restos de una ciudad esplendente. Ha conquista-

do suficientemente la inmortalidad para atraer hacia ellos la admiración ferviente de los pensadores y el afecto apasionado de los artistas.

Los unos y los otros, en presencia de estos monumentos, sueñan, como Plutarco, que «hay en ellos un espíritu siempre joven y un alma que no envejece...». Y, después que los han visto, dicen, como Renan:

«Es el ideal, cristalizado en mármol pentélico, el que se muestra a mí.»

ANECDOTAS

Una compañía dramática acababa de representar «El misántropo» en un pueblecito de Galicia. El actor que había desempeñado el papel de Alceste, a escote son el apuntador, se adelantó al proscenio después de la representación y dijo:

—Señores: mañana tendremos el honor de representar «El filósofo sin saberlo».

—No, no—interrumpió el alcalde furioso—; acabáis de echar «El misántropo» sin saberlo; pero mañana, o sabéis mejor «El filósofo», o no permitiré que haya función.

Hallábase cierto andaluz de centinela en un cuerpo de guardia en las inmediaciones de una ciudad.

Por desgracia, se hallaba la noche algo oscura, y el miedo que sobre él pesaba le hizo creer que, a causa de mecarse algunos árboles, se adelantaban bultos.

En este conflicto se le ocurrió que, disparando el fusil, y al ruido acudirían sus compañeros de armas.

Hízolo así, y, como era consiguiente, salió el jefe de la guardia para enterarse de lo ocurrido:

—¿Qué ha sido?—le pregunta el jefe.

—¡Qué ha de ser!—le contesta—. Que nos querían sorprender la guardia, y al que se ha adelantado a desarmarme me he visto precisado a darle un tiro y dejarle muerto. Si no, nos sorprenden.

—Pues vamos a recoger el cadáver—dijo el jefe.

—Es tarde—le contesta el centinela—, porque como le he dado a boca de jarro, le habré deshecho, y no es fácil se le encuentre.

Alojóse un soldado de Caballería en una casa de cierto lugar; y como hubiese llevado un conejo para comer, sucedió que la patrona, que era bastante go-

soldado, preguntando por ella, le respondió la huéspeda, se comió una pierna.

Echándola menos el soldado, y preguntando por ella, le respondió la huéspeda que en aquel pueblo se estilaba, al guisar conejos, quitarle una pierna para ver si estaban bien cocidos.

—Pues, señora—replicó el soldado—, yo estuve ahora dos años alojado en este lugar, traje bastantes conejos, y nunca me cercenaron nada.

—Señor mío—respondió la patrona—, entre las mozas del lugar, cada una tiene su modo de guisar conejos.

Conociendo el soldado la picardía, determinó vengarse de la burla; fuése, pues, a acostar, cargando primero cuatro pistoles que llevaba, y dejando un candil encendido en el cuarto, se metió en la cama.

A poco rato, las pulgas empezaron a hacer sus correrías; el soldado entonces a cada pulga que veía le tiraba un pistoletazo, quemando las sábanas y los colchones.

Acudió al ruido la patrona, diciendo en altas voces:

—Señor soldado, o señor demonio: ¿qué es lo que está usted haciendo con once mil de a caballo?

—¿Qué tengo de hacer?—respondió muy serio—. Matar las pulgas que han dado en inquietarme.

—¿Pues qué, las pulgas se matan a pistoletazos?—preguntó la huéspeda.

—Sí, señora—respondió el soldado—; así lo hacemos los que pertenecemos a la milicia.

—Eso es engaño—replicó la patrona—, pues en mi casa han tenido alojamiento diferentes soldados, y nunca las han muerto de tan extraña manera.

—Patrona mía—concluyó el soldado—, no se maraville usted de eso, porque así como en este lugar cada moza tiene su modo de guisar conejos, así también en la milicia cada uno tiene su modo de matar pulgas.

La distracción de Samuel Lawrence

Ya fuera de la estación del Norte, entre la atareada multitud que iba y venía sobre el pavimento de la rue Lafayette, Samuel Lawrence se detuvo, interponiéndose como débil obstáculo a la rápida corriente del tráfico a pie y abriendo los brazos en un gesto impulsivo de ira y desesperación. Uno de sus puños dió de lleno en el pecho de un robusto parisién con aspecto de hombre de negocios que pasaba a su lado en aquel momento, y que se enfureció de tal modo, que al principio se negó a aceptar sus excusas; mas al notar la mansedumbre del ofensor, su traje raído el aire tímido que denota el forastero, se aplacó como por encanto. Dirigió a Samuel unas palabras atropelladas, que éste no entendió, y, siguiendo su camino, le dejó entregado a sus pensamientos. Salvo unos doscientos francos que tenía en el bolsillo y las ropas que llevaba encima, Samuel no poseía nada en el mundo, ni aun los derechos comunes a todo ciudadano.

Hasta dos días antes había sido escribiente en las oficinas de la «Beach Camera and Co.» de Londres; pobre y mal considerado, disfrutaba, no obstante, de medios suficientes a su subsistencia, de la simpatía de unos pocos amigos y de la benevolencia de muchos. Y hacía veinticuatro horas que, en un momento de ofuscación, al dirigirse al banco para cobrar los jornales destinados al personal de la Compañía, se había convertido en un ladrón tras una violenta crisis nerviosa y moral.

Mas ahora nada le quedaba de su robo. Caía la tarde, y el pobre Samuel, vagando a la ventura, sentía la necesidad de encontrar en alguna parte un techo bajo el cual cobijarse. Su dolorido cerebro volvía siempre sobre el mismo tema: las circunstancias de la pérdida de su dinero. Y se representaba de nuevo al caballero gordiflón de mediana edad que había compartido con él su departamento de primera clase desde Boulogne... Aquel hombre era el verdadero ganancioso. Al llegar el tren a París se levantó con presteza, como hombre acostumbrado a estos trotes, para llamar a un mozo de estación, al que entregó por la ventanilla sus dos maletines. Luego, bajándose vivamente, había desaparecido entre la gente que llenaba el andén, en seguimiento del mozo que le llevaba el equipaje.

Hasta aquel momento no se dió cuenta Lawrence de que el desconocido había tomado equivocadamente el maletín que contenía las tres mil libras de la «Camera Company», dejándole en cambio uno de los que él llevaba.

Lawrence salió corriendo como un loco en la misma dirección que el desconocido, pero en vano: no encontró rastro de él en ninguna parte. Pensó al

principio que tendría que dirigirse a la Policía, y esta idea le llenó de pánico. No había tirado aún el saco de mano de su compañero de viaje y estaba convencido de que nunca se atrevería a hacer las pesquisas necesarias para devolverlo y recuperar el suyo por medio de las únicas personas que podían ayudarle.

Entonces empezó a darse cuenta con creciente amargura de que se había metido en un atolladero.

Sumido en estas cavilaciones, se halló ante un café con numerosas sillas y mesas colocadas en la acera y protegidas por un toldo. Vaciló un momento, luchando entre la timidez y el cansancio. Pero al fin éste venció a aquélla, y Samuel, entrando en el café, se dejó caer en una silla.

Pidió algo que beber a un camarero, que le trajo solícito un vaso de cerveza. Lawrence hubiera preferido una taza de té, pero observó que todos los parroquianos tomaban la misma bebida que el camarero le había servido a él y no se atrevió a protestar. Mientras bebía a pequeños sorbos su cerveza, se arrellanó como pudo contra el duro respaldo de su silla y permaneció en esta postura hasta que la voz de una persona que hablaba en inglés a su derecha distrajo su atención. Eran dos jóvenes de aspecto poco distinguido, probablemente escribientillos de al-



llevara y lo colocara fuera de su alcance. Bueno. Tenemos que sacarlo de algún modo.

—¿Qué dicen los periódicos?—balbuceó Samuel.

—¡Ah, los periódicos! Parece que los del «Camera Company» no sospechan la verdad. Lo atribuyen a la poca memoria de usted, en quien confían ciegamente, según parece. Pero dejemos esto. ¿Qué ha estado usted haciendo desde ayer?

Tanto insistió el desconocido, que Samuel tuvo que contarle todo lo ocurrido la noche anterior. El otro se reía con aire socarrón.

—Tendré que ocuparme un poco de usted, por lo menos hasta que saquemos el maletín de donde está. Pero para usted lo primero ahora es tomar un *lunch*. ¡Garçon!

—¿Pero usted... es...?

—Concluya usted de decirlo. ¿Si soy un timador? Sí, lo soy, y de los buenos... No un principiante como usted. Mi nombre es Neumann. Ponny Neumann, para los amigos. Tiene usted suerte al haber tropezado conmigo. ¡Ah! Aquí está el menú.

Míster Neumann había escogido un «*lunch*» admirable, abundante y delicado, capaz de estimular y satisfacer a la vez el apetito. Mientras comían, él hacía todo el gasto de la conversación.

—¡La condenada contraseña!—filosofaba—. Supongamos que no me hubiera preocupado mucho del sitio en donde dejaba el maletín y que éste se hubiera perdido. He conocido personas ahorcadas o guillotinas por casos tan insignificantes como este. Causa horror pensar en estos desgraciados, tan dignos de suerte como uno mismo, con la cuerda al cuello y balanceados por el viento sobre el arroyo. Tome usted un poco de este vino. Es excelente.

Lawrence suspiró.

—Yo me metí el dichoso billete en el bolsillo del gabán—continuó Neumann—. Se conoce que luego, al sacar los guantes o la pitillera, se debió de caer al suelo. He buscado en mi chaqueta esta mañana y no he encontrado más que una moneda de diez céntimos. He buscado en toda mi ropa hasta cansarme. Pero nada.

—Entonces, ¿cómo?...

—¡Ah! Esto es lo que tengo que reflexionar. Pero sea cual fuere el arreglo que encuentre, tendrá usted que estar presente. He sido tan tonto que he dicho en la «consigne» que el maletín no era mío. De modo que le esperan a usted. ¿Dónde va usted a instalarse?

Lawrence sonrió débilmente.

—Ya sabe usted que no tengo dinero—recordó a su nuevo amigo.

—¿Cómo que no?—replicó el financiero buscando en su bolsillo—. Es usted todo un capitalista, amigo. ¿Ve usted esto? Es un billete de mil francos que

voy a invertir en sus necesidades. Ahora hará usted bien en ir a tomar un buen baño y afeitarse. Busque usted un sitio decente donde acomodarse y esté usted aquí mañana a esta misma hora, ¿eh? Ahora márchese usted.

Lawrence se levantó dócilmente. Míster Neumann llevaba la voz cantante en el asunto y a él sólo le tocaba obedecer. Un mozo del café se apresuró a entregarle el sombrero.

—Muy bien; la propina corre de mi cuenta—dijo Neumann encendiendo un cigarro—. Mañana, a la misma hora de hoy: acuérdesese.

—Mañana, a la misma hora—repitió Samuel maquinalmente, y se fué.

El barbero en cuya tienda se afeitó vaciló algo en cambiarle el billete de mil francos, pero al fin lo hizo. Lawrence le recompensó con largueza.

—Gracias—comprendió que decía en francés el rapabarbas—. Y aquí tiene su sombrero, míster Neumann.

—¿Eh?

El barbero, sonriente, como quien da pruebas de una gran penetración, volvió el sombrero boca arriba, y en su interior, en la banda de cuero, se leía en sencillas letras doradas el nombre de Ponny Neumann.

—Este sombrero no es el mío.

Lo cogió, sin embargo, y permaneció dudando entre volverlo al café en seguida o esperar al día siguiente. Era un sombrero más nuevo que el suyo, y mientras se fijaba en esto, reparó en el pico de un papelito verde que asomaba por la banda de cuero. Samuel tiró suavemente de él y lo sacó de su sitio.

—¡Ah!—exclamó el barbero—. *Un billet de consigne*.

Samuel recordaba esta palabra y abrió la boca estupefacto. El papelito debía de ser..., era la contraseña perdida de que hablaba míster Neumann. Se infiere que la había colocado allí en vez de meterla en el bolsillo del abrigo y luego se había olvidado de ello.

Samuel Lawrence lanzó un grito que dejó estupefacto al dueño de la barbería y se lanzó a la calle.

Aquella tarde, los altos funcionarios de la «Beack Camera and Co.» recibieron un telegrama fechado en París que les llenó de sorpresa.

«Estoy aquí—decía textualmente—. Dinero intacto. Vuelvo esta noche. Samuel Lawrence.»

La verdadera explicación del caso fué la eterna distracción del bendito míster Lawrence. El señor Neumann conocía otra versión muy diferente, no obstante.

PERCEVAL GIBBON



EL VELLOCINO DE PLATA

NOVELA POR FRANCISCO CAMBA

(CONTINUACION)

jecido visible y asombrosamente. Después oyó su voz desmayada, angustiosa:

—¿Sabe algo de mi hija?

—Nada; no, señor.

—Pues ayer estuvo con usted.

—Sí, señor; por la tarde...

—¿Y tuvieron ustedes algún disgusto?

—Sí, señor. Me habló de cierta acción que por mí había cometido y que no pude aprobar. Después se marchó enojadísima conmigo, por otras cosas. Pero no sé más; no sé qué pueda haber pasado...

—Hay que ir a la Policía, hay que buscarla...

Un terror le hacía temblar. Sus dientes tenían un castañeteo leve que amedrentaba a Daniel como amedrenta a los tímidos el eco del trueno. Vióse de pronto palidecer a Iturbe, cubrirse de espanto sus ojos.

—¿Sería capaz de matarse?

Daniel también palideció a esta idea y al recuerdo de que ya en otra ocasión había querido realizarla. Farfán, para no caer al suelo, tuvo que apoyarse en los hierros de la cama, lanzando sobre Daniel una mirada que, si las miradas matasen, le hubiera fulminado en el acto. Pero ya Iturbe recobraba la energía de sus grandes tiempos triunfantes.

—¡Hay que encontrarla!

Lo perdonaba todo, lo olvidaba todo. Había que encontrar a la muchacha y nada más. Para aquella cruzada volvieron a unirse Farfán y Daniel, repartiéndose las gestiones, hablándose, no como rivales, sino como colaboradores entusiastas de la misma obra. Durante todo el día la suerte no les ayudó en nada. El día siguiente fué tan estéril como el anterior. Pero Farfán se mostró un poco más tranquilo.

—Matar, no ha debido matarse. Un cadáver no puede estar oculto tanto tiempo.

Los algareros periódicos de la noche comenzaban a ocuparse del asunto, regodeándose con el sabor del bello escándalo. Hablaban de un financiero, un respetado hombre de negocios, cuya hija, «mujer conocida en cierta colectividad y también entre la buena sociedad del país, por su belleza, realmente asombrosa, y por su carácter apasionado y romántico», desaparecía misteriosamente, después de dejar en un Banco una deuda grave. Se envolvía al padre en un lodo triste. Daban a entenderse complacencias desmedidas, negocios acaso con aquella belleza.

Iturbe arrugó el periódico, asqueado.

—Toda mi vida aquí, trabajando, matándome, contribuyendo como pude a la prosperidad del país, y ¡este pago!

Y decidió, levantándose al cabo de un momento:

—Como mi hija no haya muerto, me parece que ha llegado la hora de dejarlo todo...

Más tarde, llena su casa de los viejos y seguros amigos, lamentó amargamente aquella ingratitud del país y de la hija. El doctor Madariaga disculpó a la hija y al país. El país hacía bien en proceder de tal manera. Era su defensa. Constituido por emigrados de todas las nacionalidades del mundo, necesitaba una armonía, un denominador común para los sentimientos nacionales, un gran amor o un gran odio. Se había adoptado el odio, se había elegido por causa odiosa al extranjero, y era natural que se aprovecharan todas las ocasiones de hacérselo sentir. Y estuvo más aterrador todavía:

—Quienes aquí venimos somos como esas plantas



a las cuales se deja pudrir sobre la tierra para abono de las que nazcan luego. Por eso, cuanto peor nos traten, mejor. Los que nos interesamos por este país tenemos que desearlo. La planta nueva sale más vivaz y lozana.

Y no le entristecía nada este pensamiento. El estar en el secreto parecía bastar a su satisfacción. Agregaba incluso:

—Por lo tanto, no sé hasta qué punto tenemos derecho a quejarnos de la ingratitud de nuestros hijos americanos. Cuanto más ingratos sean, acaso mejor cumplan sus deberes para con la patria. Y yo, a quien mis hijos me consta que quieren como si si hubiesen nacido al otro lado del mar, tengo por veces la idea de comenzar a hacer disparates, a pegarles, a maltratarlos, para ver si así cumplen con su obligación y, en vez de llorarme cuando muera, contratan una música y echan cohetes al aire...

Lamentablemente, Iturbe no era un filósofo como Madariaga y apenas le oía. Sólo en una cosa pensaba, y volvió a afirmar:

—Si mi hija aparece, me marchó, me marchó a ser feliz aún...

Y en el fondo se le notaba una cierta alegría, la alegría dulce de al fin convencerla de que allí la vida era imposible, animándola a buscar en otro lado horizontes más puros, los puros horizontes, sin duda, con que soñó siempre. Por desgracia, para realizar esta obra era necesario que la muchacha apareciese y la muchacha no aparecía. Ofreció primas cuantiosas, entregó dinero adelantado. ¡Y nada! ¡Nada! ¡Ni muerta ni viva! Como si la tierra se la hubiese tragado, nadie daba razón de ella.

Farfán seguía tranquilizando, infundiendo ánimos a todos, cada vez más aferrado a su idea de que muerta era como únicamente no podía ocultarse.

—Ya lo verán. De un momento a otro la descubrimos.

Y una vez más se demostró que nada como el corazón de los amadores fieles para encontrar el perdido objeto de su amor. Farfán de los Godos fue quien tuvo la fortuna de dar con Estela en la estancia de la doma y de devolvérsela a su padre, que lloraba al abrazarla y la apartaba de sí como para verla mejor y volvía a recogerla sobre su pecho, convencido de que no era otra, de que la tenía viva entre sus brazos. No le reprochó cosa alguna. Sólo preguntó penosamente:

—¿Qué ha sido esto? ¿Por qué no me hablaste con franqueza respecto al interés que el muchacho te merecía?

Se acordó ella entonces de cosas que quisiera haber olvidado completamente, y negó. Negó que su culpa tuviese por móvil favorecer los planes de aquel hombre. De otra manera sería obligar la gratitud de quien ya nada le importaba, comprometerle con su padre, comprometerse ella misma. Dijo que a Aguiar sólo le había ayudado con una cantidad insignificante. El resto la jugó.

—¿En las carreras?

Y comentó con tristeza, como disculpando a la muchacha, achacando a otras voluntades la culpa entera:

—¡Esta libertad! ¡Este horror!

No dijo más. ¿Qué le importaba ya todo? Su hija allí estaba; de nuevo la tenía a su lado, dispuesta otra vez a encantarle la vida con sus hechizos y sus locuras. Eso era lo único de verdadero valor para él.

—Sólo que es necesario huír, ¿sabes? Ya verás lo que se ha dicho de nosotros.

La tarde de aquel mismo día acudió Daniel a casa de Estela dispuesto a hacerse perdonar, a pedírsela al padre y a emprender un negocio cualquiera que le permitiese instalar su nido y comenzar la nueva vida. No estaba. Vuelto al hotel, Farfán de los Godos le preguntó con anhelo:

—¿Vienes de hablar con Estela?

—No; no está en Buenos Aires... Se ha ido a pasar unos días fuera.

—¿Y qué piensas hacer cuando regrese?

—Casarme con ella, trabajar para ella, hacerme perdonar con una vida de sacrificio las horas horribles que ha pasado por mi culpa. ¡Qué quieres que haga!

Le miró el otro con mirada fija, extrañamente atenta. Pero debió recordar que él mismo había exigido aquella conducta, comprender que era lo noble, lo decente... Y afirmó convencido:

—Sí, no hay más remedio; no puede hacerse otra cosa.

Mas desde entonces, considerando a Estela ya definitivamente perdida para él, comenzó a convertirse en otro hombre. Como si sus fuerzas le hubiesen abandonado, si no pudiese soportar por más tiempo la tensión en que hasta aquel instante había vivido, se abandonó por completo a sus amarguras. Ya apenas salía de la habitación. No tenía gusto para reírse, y a la hora de comer se le notaba una hostilidad terrible contra el rival afortunado. Todo cuanto este hombre amase parecía ser un objeto preterente de odio para el otro. Le había dicho Daniel que, una vez casado, tal vez renunciase al sueño de vivir en su tierra. El crimen de presentarse allá con otra, matando a Armida, no tendría corazón para realizarlo, y hablaba cada vez con mayor ternura, todavía mayor complacencia del pueblo nativo, que acaso no viese más, describiéndolo de tal modo, dando tales pormenores, que llegó a conocerse allí como si fuese el pueblo de todos. Para todos eran ya familiares las bellezas de su mar, las tabernas de las aldeas inmediatas, las habilidades del tonto, los chos, siempre intencionados, del loro de la botica. Farfán, una noche se indignó como nunca.

—Nada de eso vale nada.

Y habló también de su pueblo, y a partir de entonces lo pintaba continuamente con colores magníficos. ¡Qué bello se presentó a sus ojos cuando

vió por última vez! ¡Qué divinamente bello, elevándose de la parda llanura castellana en una apoteosis sublime, con sus torres y sus cúpulas brillando al sol, recortando rudamente los contornos sobre el cielo radiante, tan puro y tan claro, tan cristalino, que parecía ser el fanal de aquella maravilla! Y con intención terrible se detenía en la pintura del cielo de su tierra, hacia el cual los hombres, para no morir de angustia, tenían que levantar la vista, haciéndose así tan diferentes de aquellos otros nacidos en los vanos parajes donde los campos son suaves y las gentes, dejándose prender de sus promesas torpes, viven tristemente atados a la tierra...

Para mayor desgracia, tuvo también una grave catástrofe económica. Aquellas minas en que tanto confió, acababan de robárselas. Unos bandidos, en complicidad con las autoridades, habían conseguido inscribirlas a otro nombre. Al saberlo se le aumentó pavorosamente el odio al país. Y recordando sus fracasos todos, y tal vez, en primer término, el fracaso lamentable de su corazón, rugía continuamente:

—¡Aquí sólo triunfa quien venga a engañarlos!

Para distraer el pensamiento amargado, con los últimos restos de su fortuna convidaba a los amigos a los *cabarets* de mayor ruido, y mientras bebían y bailaban, él se estaba quieto, sumido en meditaciones amargas. Cierta noche, en la mesa de al lado comenzaron a alborotar terriblemente unos individuos, hijos del país a juzgar por el acento. Vestían todos de *smoking* y bebían tan sólo *champagne*. Una muchacha que se acercó a ellos fué rociada inmediatamente con una copa del bullicioso líquido. Protestó indignada al sentir la humedad en su carne y, sobre todo, al ver mojado su traje de seda. La contestaron airadamente, como si le hubiesen hecho un favor y no supiera debidamente estimarlo.

—¡Espiantá, gringa!...

Era la *patota*, la clásica reunión de «niños» ricos, insolentes y orgullosos. Uno de ellos se compadeció de la mujer; la llamó, y para desagraviarla le dió un billete.

—No te creas que es un peso, tomá.

La orquesta tocaba un tango con ese aire lánguido y sensual que le dan las orquestas del país, y el joven, queriendo hacer enteramente la felicidad de la gringa, la ciñó por la cintura. Como Farfán mirase interesado, explicó dulcemente:

—Voy a bailar, galleguito.

A Farfán se le anubarró en entrecejo, molesto por la familiaridad del individuo. Pero no quería cuestiones aquella noche, y para evitarlas trató de ponerse a tono.

—Vete no más.

Comenzó el baile. A pesar de su borrachera, el mozo trenzaba a maravilla los puntos complicados del tango. El corte lo prolongaba satisfecho de sí mismo, arrastrando la pareja hacia sí y alentándose a compás de la música.

—¡Ah, tigre!

Y volviendo a fijarse de pronto en la atención de Farfán, le explicó satisfecho:

—¡Estoy bailando lindo!

Farfán palideció un poco, mientras Daniel comentaba consigo:

—Ya sé dónde dormimos esta noche.

Afortunadamente, acababa el tango. El bailarín, abrazado a su pareja, fué a sentarse. Un amigo le sirvió una copa de *champagne*; pero antes de trasegarla al estómago creyó que le debía una explicación al gallego:



—Galleguito, voy a beber.

—Bebe no más, che.

Y luego hizo un gesto, un gesto terrible, con el cual quería denotar que la paciencia comenzaba a acabarsele. La orquesta iniciaba otro tango. El joven dijo que iba a bailar, y fué. A la primera vuelta se detuvo delante de Farfán:

—Voy a tropezar contigo, che. Tené cuidado que no te voltee.

Y tropezó; pero ya Farfán estaba en pie, indignadísimo, preguntándole por quién lo tomaba. El joven, momentáneamente vuelto a la cordura, dió con nobleza sus explicaciones. No era para ponerse así, no era para sulfurarse de aquel modo.

—Bien ve, amigo, que somos personas decentes.

—¡Qué personas decentes ni qué rayos!

—No se sulfure, amigo. Personas decentes, sí, señor. Estamos un poco mamados, pero con la borrachera de las personas decentes. Disculpe, no más...

Y ya Farfán, una gacela con los humildes, cedía, vencido por aquella sinceridad y aquella nobleza, cuando del grupo se levantó otro individuo. Era de un poco más edad. Estaba más cuerdo, y la ropa ajustada denotaba un tórax formidable y unos biceps de atleta. Increpó duramente al amigo por sus explicaciones meticulosas, y luego se encaró con Farfán:

—Está en su tierra, y hace lo que le da la gana.

—Menos molestar.

—Molestar, también. ¡A ver quién se lo impide! El gallego a quien no le agrada, que se mande mudar a su tierra cochina.

Esto hizo que Daniel se levantara como reclamando para sí la honra de repeler el insulto y las consecuencias del suceso. Farfán, generoso siempre y siempre bravo, no se lo consintió. Daniel fué quien lanzó una botella al individuo de los biceps formidables; pero Farfán recibió el botellazo de respuesta. Cuando todo el grupo se abalanzó sobre ellos, Daniel pudo defenderse rompiendo contra el borde de la mesa la alta copa de un refresco y adquiriendo así un arma temible. Desgraciadamente para Farfán, éste sólo tenía al alcance de su mano la copa inofensiva de un licor. Blandiendo su arma, Daniel se encontró en la calle. A Farfán lo acorralaron los patoteros, y las autoridades le hicieron luego responsable absoluto del escándalo. Tuvo que dormir en la Comisaría.

Al recobrar la libertad se le iluminó el alma viéndolo a Estela que salía de una tienda. Pero la insensible criatura, a quien con tal ansia había buscado en los días más crueles de su vida, no le hizo el menor caso, no reparó en él. Ni el saludo le contestó. Farfán formuló acerca de ella un juicio de que hasta aquel momento logró siempre eximirse:

—No hay que extrañarse. Es del país.

Su descontento adquirió desde entonces proporciones gigantescas. Su protesta contra aquella tierra donde todo le era tan hostil, caracteres fantásticos. Se refugió enteramente en el amor de la patria. Hacía calor, y por patriotismo aún seguía llevando la capa sobre los hombros; daba una ondulación cada vez más arrogante, más clásica, a sus bigotes, no ya de Capitán del Ejército actual, sino de Capitán de los tercios legendarios; el chambergo parecía más que nunca nostálgico de plumas, y creyérase que escondía realmente una espada bajo la capa; de tal modo andaba a todas horas, con tal arrogancia y desnudo. Prefería ahora la amistad de Villasuso, con quien celebraba conferencias largas. Alguna vez se le oyó decir profundamente:

—Tienes razón. Son indios, a quienes debíamos reconquistar.

Y, como ensayándose, aprovechaba, para armar quimera con ellos, el motivo más fútil. Frecuentemente entraba en el hotel hecho una lástima, con un ojo cárdeno, los bigotes caídos, el cuello roto, una manga desgarrada, la capa en jirones y el sombrero

apabullado lamentablemente. Había, en todo el recinto, un interés, una compasión.

—¿Qué te ha pasado, Farfán? ¿Qué ha sido eso?

Pero Farfán no le daba al asunto la menor importancia. Decía sencillamente, mientras se sentaba, con un desprecio terrible hacia el otro:

—Nada. Es que acabo de apalear a un indio ahí en la calle...

Era verdad que Estela había vuelto, y Daniel, al saberlo, apenas comió aquel día; se vistió luego con exquisito cuidado, y en un coche se trasladó a la casa de Iturbe. Un momento temió que Estela no estuviese, que se la negasen; pero la *mucama* que tantas veces le había recibido, corrió a abrirle con afectuosa sonrisa.

—Pase; vaya al salón grande. La niña le espera.

—¡Me espera!

—Supongo.

Un poco pálido, con pasos lentos y penosos, atravesó los anchos pasillos que conocía tanto y al través de los cuales comenzaban a verse, en paredes y rincones, las obras de arte, español y antiguo, en que había cristalizado al cabo la nostalgia de Iturbe. Con mano trémula abrió una puerta toda de espejitos que se enmarcaban entre filetes de bronce, y entró. Estela allí estaba.

Estaba blanda, lánguidamente reclinada en un diván amplísimo, leyendo un libro que la hacía sonreír y cuya lectura suspendió sin gusto al sentir pasos, levantando la cabeza, clavando en quien entraba una mirada como distraída. Aquella sonrisa alegre y la distracción de la mirada hicieron en Daniel un raro efecto. Se acercó cohibido, casi como si el salón le fuese extraño y la mujer desconocida. Y no era, no, la muchacha sencilla y dulce de los últimos tiempos. El brillo soberbio de cuando comenzaba a tratarla, y que había vuelto a ver la tarde de la última cita, continuaba irradiando de sus ojos. En la languidez de la posición, el vestido flojo, de pesados adornos, abría el escote hasta dejar traslucir perturbadoras sombras de nido. Una pierna fina, velada por una media ostentosa, se incorporaba inquietante en el diván. Pero nada de este abandono parecía obedecer a la confianza que un día se estableció entre ellos. Daniel tuvo la impresión firme y clara de que si otro cualquiera hubiese entrado no le recibiría de distinto modo. Era la mujer que conoció tiempo antes, la que iba tranquilamente a verle para interesarse por un hombre, la que, cierta noche de baile, pretendía perturbar su vida con el cálido relato de una inquietante y extraña aventura... Peor tal vez. Entre sus dedos finos, de rosadas uñas de nácar, brillaba de nuevo la lumbre del cigarrillo perfumado, y al acercarlo a los labios, el gesto era como nunca sensual. Casi vibraban levemente los labios aquellos, mientras se entornaban los ojos como en el sueño de un beso dulcemente acogido.

Durante un rato no supo Daniel qué decirle. Des-

(Continuará)